

AP/1488

BIOGRAFÍA

DEL EXCMO. E ILLMO SEÑOR

D. FRAY DOMINGO DE SILOS

MORENO,

OBISPO QUE FUÉ DE CÁDIZ.

ESCRITA

POR ADOLFO DE CASTRO.

DIPUTACION LOGROÑO

ARCHIVO BIBLIOTECA

CÁDIZ.

LIBRERIA ESPAÑOLA Y ESTRANGERA

DE DON ABELARDO DE CARLOS,

calle de Guanteros, número 56.

1853.

AP/1488

98
95

BIBLIOTECA

D. FAY DOMINGO DE SILES

INDICACION

OMPIO (C. P. M. C. J. U. N. A.)

EXTRA

FOR ADORBO DE CASTELL

DIPUTACION RIOJANO



ARCHIVO-BIBLIOTECA

CAJAS

LIBRERIA ESPAÑOLA Y ESTAMPARIA

DE DON PEDRO DE SILES

EN LAS CORTES DE SILES

1838

BIOGRAFÍA

del Excmo. é Illmo. Sr.

D. FRAY DOMINGO DE SILOS MORENO.

B. B. de P. España
24-9-1909 = 1 p.

BIBLIOTECA

del Museo de Historia

D. FRAY DOMINGO DE SILOS MORENO

BIOGRAFÍA

DEL EXCMO. E ILLMO SEÑOR

D. FRAY DOMINGO DE SILOS

MORENO,

OBISPO QUE FUÉ DE CÁDIZ.

ESCRITA

POR ADOLFO DE CASTRO,

Individuo de la Real Academia de la Historia, de la española de Arqueología, de la sevillana de Buenas letras, de la general de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba, de la provincial de Bellas Artes de Cádiz, &c., &c.



CÁDIZ.

LIBRERIA ESPAÑOLA Y ESTRANGERA

DE DON ABELARDO DE CARLOS,

calle de Guanteros, número 56.

1853.



INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS
BIBLIOTECA

Ref. n.º 828

At mihi nunc, narraturo vitam defuncti hominis, venia opus fuit: quam non petissem, ni cursaturus tam saeva et infesta virtutibus tempora.

C. CORNELIUS TACITUS IN VITA JULII AGRICOLAE.

CADIZ: 1853.—Imprenta, librería y litografía de la REVISTA MÉDICA, á cargo de Don Juan Bautista de Gaona, plaza de la Constitución, número 11.

A la Ciudad de Cádiz

admiradora de las virtudes

DE D. FRAY DOMINGO DE SILOS MORENO,

DEDICA ESTE OPÚSCULO

Adolfo de Castro.

El Rey Don Enrique

admirador de las virtudes

DE DON PEDRO DOMINGO DE SILOS MORALES

DE DON PEDRO DOMINGO DE SILOS MORALES

Alonso de Castro

Impreso en la imprenta de don Juan de los Rios, en la ciudad de Madrid, en el año de 1784.

I.

No me propongo dar principio, como suelen muchos de los que se dedican á escribir de las vidas de varones ilustres recién bajados al sepulcro, diciendo con lastimeras voces que quieran penetrar en las almas: «¿Hay tal dolor? ¿He de ser yo por fuerza el que pase por la aguda y continuada pena de recordar una á una, para enumerarlas ciento á ciento, las nobles acciones de quien fué espejo de toda virtud, por quien lloran no solo cuantos experimentaron sus beneficios, sino tambien aquellos en cuyos oídos resonó el eco de su fama, y en fin, por quien en medio de la corrupcion del siglo, en medio del abajamiento de los ánimos, en medio del constante triunfo de la codicia, en medio del orgullo y del interés personal, queriendo el uno envilecer á los merecimientos como si los merecimientos pudieran ser envilecidos, y aspirando el otro al daño comun por-

que en el daño comun está el bien propio para el que no lleva por guía la justicia, se vió la sinceridad de vida, la grandeza del corazon, el desprecio de las riquezas, la modestia y el deseo de la paz, habitar entre nosotros.»

Mas alto pensamiento debe servir de principio á este trabajo encaminado á describir los hechos de un varon insigne. Con la satisfaccion propia del que prorumpe en acentos de verdad, puedo decir hoy: «No ha muerto la virtud! Aun existe y existirá entre los hombres. Todavía la virtud es conocida: todavía la virtud es acatada en la tumba de los que la ejercitaron: todavía á la virtud se erijen estatuas en el siglo que levanta ídolos.

Mi ánimo desapasionado y libre no intenta levantar uno de estos para injusta admiracion de las gentes. Creo que la historia debe ser un aviso terrible á la humanidad en las imágenes de los perversos, y un ejemplo consolador en las de aquellos que siguieron la estrecha senda del bien. Para juzgar con rectitud no puede el historiador tener presente mas objeto que el hallar la verdad, único norte de sus escritos, sin que enfrene á sus pensamientos alguna de las consideraciones humanas.

El respeto y la veneracion no pueden fácilmente conciliarse con la verdad, cuando la verdad perjudica á la veneracion y al respeto. Si detrás de la una y del otro se encubrió un tirano que tiñó con sangre de inocentes su manto réjio, si bajo la toga de la justicia se escondió el fraude y la iniquidad, y si envuelto en las ropas sacerdotales se abrigó el crimen y la lujuria, la historia no podrá respetar en el primero la magestad, en el segundo la magistratura, y en el último el sacerdocio. El mal sacerdote y no el sacerdocio, el mal magistrado y no la magistratura, el mal monarca y no la monarquía, merecerán la reprobacion de los hombres honrados en todos los siglos.

Yo siempre he procedido con libertad para dirigir mis tiros contra los que no se han dejado guiar por las leyes eternas de la justicia. Desposeido del vano respeto que impone á los mortales la sancion de las edades que pasaron, sancion enjendrada casi siempre en el error, he tratado de vencer todo obstáculo con la fuerza del racionio para sacar triunfante la verdad contra las preocupaciones del vulgo. He querido en suma y quiero aun, que la historia despues de engrandecer los ánimos de

los hombres pueda decirles como Lucano: «Amense las naciones entre sí y ciérrense para siempre las puertas del templo de Jano.» No el respeto, no la veneracion, no el aplauso popular, no agradecimiento por mercedes que no he solicitado ni he recibido, no por último, la adulacion, innata en los corazones de los hombres nacidos para la servidumbre, pudieran vencer mi propósito dejándome llevar del sentimiento comun en mi patria. Voy, pues, á narrar hechos memorables de un varon amado de todos cuantos fueron testigos ó conoedores de ellos, porque vivo persuadido de que al dar la debida honra á sus virtudes, me honraré como historiador, y aun mas que como historiador, como hombre. Si no creyera ajustarme á la verdad, fácil me hubiera sido pasar el tiempo en silencio, ó escribir contra el parecer de todos, si el parecer de todos estuviese enjendrado en el error. Por muy crecidos que sean los rios, los bajeles pueden ir y van contra sus corrientes impetuosas.

Esta protestacion no parecerá inoportuna á aquellos que consideren que puede ser mi trabajo leido en estrañas tierras á donde no haya llegado la fama de varon tan preclaro, ó ser en otros siglos, donde apenas se conserve

la memoria de los nuestros, ó donde la duda de lo que se tiene por verdad se acrecienta con la experiencia ó con la malicia.

Muchas veces he dudado si Catón, aquel Catón tenido en Roma por única imágen de las virtudes, al defender la causa pública obró como debió obrar un Catón, ó siguió el ejemplo de muchos que le precedieron y después le han seguido en defender las libertades patrias. Cuando no han podido ejercer por sí el despotismo han clamado en defensa de la libertad, y cuando han podido ejercerlo hubieran querido, no en nombre del despotismo, sino en el del bien, sacrílegamente invocado, ahogar la libertad con la misma ligereza que ahogó Hércules á Anteon el hijo de la tierra.

Muchas veces también he dudado si Trajano fué un varón virtuoso ó uno de tantos monstruos de crueldad como imperaron en Roma, al ver que Plinio, Plutarco y Tácito sus panegiristas, no depusieron el carácter de áulicos, y sobre áulicos el de amigos de aquel heroico monarca, al describir sus altos y generosos hechos.

¡Dichoso el siglo en que la virtud viva exenta de las sombras de la malicia! y mas dichoso todavía aquel en que, triunfante la pu-

reza de las costumbres y completamente ennoblecidos los ánimos, no puedan distinguirse las acciones con nombre de virtudes, porque las virtudes sean las únicas acciones de los mortales!



II.

En Cañas, villa que en la alta Rioja dá nombre á un dilatado valle, cuanto ameno, hermoso, así por lo llano de la tierra como por un arroyo que fertiliza sus campos y sustenta perpetuamente á sus empinados robles, nació en 23 de Julio de 1770, el Excmo. é Illmo. Sr. D. Fray Domingo de Silos. Sus padres, labradores aventajados, mas que en bienes de fortuna, en honradez, fueron D. Joaquin Moreno y D.^a Tomasa Merino: los cuales, deseosos de que su hijo cultivase las buenas letras, enviáronlo en sazón oportuna á estudiar gramática latina en la villa de Anguiano, situada en la falda de la Sierra de Cameros altos, que coronan las ruinas de un monasterio antiquísimo, y luego á doctrinarse en la filosofía que enseñaban los religiosos de San Francisco en Santo Domingo de la Calzada, lugar agradable por su despejada vega llana.

Los adelantamientos que hizo Fr. Domingo

de Silos en sus estudios y lo apacible de su condición y la sencillez de su vida, cautivaron el afecto de sus maestros y amigos, y mas aun cuando vieron que una vocacion religiosa invencible, si alguno hubiera solicitado vencerla, le habia obligado á pedir el hábito monástico en la casa de Santo Domingo de Silos. El dia 16 de Febrero de 1785 al vestirlo por vez primera, cambió el nombre de Jacobo Apolar que habia recibido en la pila, por aquel que daba el título al monasterio de S. Benito, cuya órden iba á abrazar dentro de poco para siempre. En 1786 en la dominica de quinquagésima hizo solemne profesion, y recibió de manos del abad Fr. Benito Camba el hábito que con tantas y tales ansias habia deseado.

Yacía entonces en la cuesta de una áspera montaña, de cuyas raices baja un rio caudaloso, el monasterio de S. Benito en S. Estéban Ribas de Sil (diócesis de Orense). En él continuó sus estudios de filosofía Fr. Domingo de Silos, y de él pasó al de S. Vicente de Salamanca para doctrinarse en la teología. Su aplicacion y aprovechamiento lo llevaron á S. Pedro de Eslonza, último colegio de los benedictinos, donde solo aquellos que escedian á los demás así en inteligencia, como en per-

feccion, entraban para aprender, aun mas que las ciencias, la manera de enseñarlas á la juventud con acierto.

La fama de sus estudios inclinó el ánimo del general de su órden, á que Fr. Domingo de Silos asistiese en los actos públicos que esta solia tener anualmente en la ilustre universidad de Salamanca. En ellos hizo no vana ostentacion de su saber, sino generosa muestra de su doctrina como glorioso empeño de sus virtudes. En premio de tales merecimientos y para pública estimacion de la honra que un hijo tan esclarecido prestaba á la órden de S. Benito, fué nombrado maestro de estudiantes en el colegio de Hirache, entonces florentísima universidad del reino Navarro.

No pasó mucho tiempo sin que la religion benedictina lo llamase á mayores dignidades. En el capítulo general de 1801, recibió el nombramiento de abad del monasterio de S. Martin y cura al propio tiempo de la dilatada parroquia que en Madrid tiene el mismo título. La nueva de semejante distincion no encendió el rostro de Fr. Domingo de Silos en el color de la alegría. La satisfaccion del orgullo, no pudo sobrecogerle, porque el orgullo jamás habia logrado enseñorearse de su ánimo ennoblecido

por tantas y tan excelentes virtudes. No despreció la dignidad, porque las almas generosas no responden á los dones con injuriosos desdenes. Su modestia le obligó á creer que treinta y un años no daban la suficiente experiencia para reñir cargos importantes, y que á alguno de los varones ilustres de su religion deberia encomendarse una dignidad que pedia maduro consejo, resolucion firme, constancia en los varios casos de la vida, conocimiento del corazon humano, celo del bien, y sobre todo confianza en las propias fuerzas.

No fueron poderosas sus disculpas á vencer el deliberado intento de aquellos que apreciaban sus méritos, y querian verlos empleados en servicio de su patria; y así Fr. Domingo de Silos aceptó por obediencia lo que por voluntad nunca hubiera admitido.

Presto se conoció que su renuncia no se habia enjendrado en el deseo de fingir modestia para grangear alabanzas y lisonjearse con las súplicas de los amigos y con el mandato de sus principales. No bien tomó posesion de la abadía de S. Martin, dispuso que el coche de los superiores de la casa fuese vendido, porque lo consideraba como inútil para sus años, como gravoso para el monasterio, como pompa, si

halagüeña para la vanidad ó para el regalo, no decorosa para quien por su religion no solo debia dar muestras de humilde, sino llevar la humildad en lo mas recóndito del alma. En los hombres ilustres por su modestia, los labios y las acciones no son instrumentos de una vanagloria: son un preciso medio de manifestar á los mortales como saben cumplir sus obligaciones. Dan por tanto el ejemplo de virtud sin querer darlo: así como sin querer enseñar con sus dichos y sus hechos, sus hechos y sus dichos sirven de saludable enseñanza para los buenos y de viva reprehension para los que se dejan llevar del ocio, y de todos los demás vicios que envilecen al linaje humano.

Deseoso Fr. Domingo de Silos del bien de sus gobernados y viéndose con arbitrios para ejercitarlo, abrió las puertas de su corazon á la caridad dedicándose á visitar los enfermos, así en los alcázares opulentos y en lechos de pluma y holanda, como en las altas y mezquinas boardillas, y en las angostas tablas que apenas concedian abrigo y descanso.

Hallando en sí inclinacion y en la historia de los de su órden ejemplo, procuró socorrer constantemente Fr. Domingo de Silos á todos aquellos de sus feligreses á quienes la pobreza

fatigaba con mayor crueldad, ó á quienes las dolencias abatían las fuerzas del cuerpo y del ánimo. Los socorridos lo miraban con amor y todos con reverencia. En tanto Fr. Domingo despreciaba su fama y vivía para sí mismo; pero no como otros suelen vivir para sí y entregar su fama al desprecio, porque en el bien obrar hallaba su manera de vida, y en no acordarse del aplauso comun ó de la honra que pudiera atraerle la práctica de la virtud su costumbre.

Al cesar en el cargo de abad no llevó consigo mas compañía que su pobreza: sus emolumentos no fueron para él emolumentos, sino consolacion para los pobres. Sus lágrimas al contemplar las de dolor que vertían los oprimidos por la adversa fortuna, desaparecían de sus ojos cuando dejaba tras sí en su opinion solamente, los debidos consuelos á la infelicidad, mas en los consolados la gratitud, nunca mayor que en la hora de recibir los beneficios. De este modo se dirigia Fr. Domingo de Silos, sin saber á donde encaminaba sus pasos, á lograr en mayores dignidades como recompensa de sus acciones, el alto renombre que merecían sus virtudes.

III.

En 1805 recibió el título de definidor y lector de casos de conciencia en el mismo monasterio de S. Martín; pero la invasión de los franceses en España, y los tumultos, las guerras y las aflicciones que con ella vinieron, le obligaron á retirarse á Santo Domingo de Silos, así para no tolerar el yugo ageno, como para dedicarse libremente al cumplimiento de sus deberes religiosos. El estrépito de las armas, habia ahuyentado de Santo Domingo de Silos á los monjes: los cuales vagaban fugitivos en los contornos de su casa, luchando entre el temor y las obligaciones, entre saludar como propios á los estraños, y no querer que sus brazos se abriesen para acoger como amigos á los que venian á oprimir á la patria.

Fr. Domingo, á fuerza de repetidas instancias y con el ejemplo de su valor, consiguió allegar en torno suyo á algunos de los que buscaban en los montes la seguridad de las

vidas; y con ellos continuó en su monasterio. La proteccion que prestó á las guerrillas levantadas en la Rioja para fatigar á las tropas francesas, sirvió de ocasion á los contrarios para que lo llamasen á Burgos con el fin de residenciarlo; pero tales vejaciones no pudieron derribar la entereza de su ánimo, dedicado al servicio de la causa pública. Mas tarde los franceses se acercaron á Santo Domingo de Silos, llevando delante de sí la fama de las crueldades que habian cometido en venganza de las muertes de sus hermanos, y haciendo que el terror dejase sin moradores los lugares y poblase los desiertos. No pudo el general espanto poner temor en el corazon de Fr. Domingo. Amante de su casa religiosa, no quiso que la huida de los monges la entregase enteramente á la rapacidad de los conquistadores y á las iras de sus ánimos vengativos. Recibió con afabilidad á las tropas francesas en su monasterio, y guiado por su prudencia supo enfrenar diestramente la cólera de los enemigos, sirviéndose unas veces del halago, otras de los avisos de la razon, y siempre de la autoridad que le daban sus virtudes. El edificio de Santo Domingo de Silos conoció la guerra solo en las personas de los invasores, porque

en sus muros no dejaron los contrarios impresas las señales del hierro y de las llamas, como recuerdos, ya que no de sus victorias, de sus sangrientos y aborrecidos pasos.

Si Fr. Domingo de Silos inclinó la cerviz al poderoso enemigo, para que la sombra de su cuerpo sirviese de escudo al antiguo monasterio de su orden, y si por breves instantes supo esconder en el alma su vivísimo amor patrio, sus labios se negaron á encerrar sus sentimientos generosos, cuando los principales miembros de la junta de la provincia de Logroño cayeron heridos por las balas de las tropas francesas. Los demás que en la huida consiguieron la libertad, no desmayaron en la empresa que tan noblemente habian comenzado: antes bien, la sangre de sus compañeros derramada en pública ejecución, les obligó á buscar en el vencimiento de los contrarios, para estos el castigo, y para los españoles la venganza. En tanto determinaron dedicar á la memoria de aquellos buenos patricios, víctimas del encono francés, solemnes exequias en el pueblo de Salas de los Infantes. Fr. Domingo de Silos predicó el sermón en acto tan triste con la misma energía que si los enemigos hubieran sido ya arrojados de las cumbres de los Pirineos, ú oprimidos entre sus gar-

gantas, por su misma muchedumbre conmovida con el espanto de la vista de las armas y del son del relinchar de los caballos de los vencedores. Todavía el viento pudiera haber llevado á los oídos de Fr. Domingo de Silos el eco de los cañones contrarios.

La saña de los franceses contra este esclarecido varón fué grande: estos quisieron castigar en Fr. Domingo no la acción del odio del dominio extraño, pues acciones de odio en la mayor parte de los españoles, estaban acostumbrados á saber continuamente, sino el atrevimiento de hablar en público como libre, cuando de la libertad á la esclavitud, de la culpa al castigo, apenas habia dos horas de distancia.

Reo de tan honrada culpa, Fr. Domingo de Silos anduvo entre breñas huyendo de las iras de los enemigos de su patria, en tanto que la guerra no llevaba el son de sus clarines y tambores á los campos del monasterio. En él se retiraba á cumplir sus cargos religiosos, y de él salia solamente cuando la seguridad de su vida le llamaba á los montes.

Fenecida la guerra, fué nombrado en 1813 abad del monasterio de Santo Domingo de Silos, cargo que ejerció amado de sus inferiores.

En 18 de Setiembre de 1813 recibió el título de coadjutor del arzobispado de Caracas: contra los consejos y las súplicas de los que apreciaban sus virtudes y querían verlas ocupando mas importantes cargos, renunció tal dignidad; pero el mandato del general de su orden le obligó á aceptarla en 28 de Octubre del mismo año.

En 1818 hallábase en el capítulo general de su orden, cuando le fueron presentadas con admiracion suya y alegría de los monjes las bulas en que el Pontífice romano le daba el nombramiento de obispo de Canaten (in partibus). El capítulo en unánime aclamacion lo honró con el título de ex-general de la orden de S. Benito y en resolver que á nombre de ella asistiesen como padrinos en la consagracion los abades de Silos y Arlanza.

En el monasterio mismo de Santo Domingo, recibió la investidura episcopal el dia 19 de Julio del año de 1818. El consagrante fué D. Manuel Cid y Monroy, arzobispo de Burgos, teniendo por asistentes á D. Isidoro Perez de Celis, obispo de Segovia, y á D. Juan de Cavia, obispo de Osma.

Los deberes de coadjutor del arzobispado de Caracas, no le dejaron mucho tiempo en el

retiro de su monasterio. En 28 de Diciembre de 1819 tomó el camino de la corte para pasar desde ella á la ciudad de Cádiz; pero la revolución española de 1820 puso fin al encargo que le llevaba á las Américas. Tornó en 23 de Junio á su monasterio, en el cual vivió hasta que los monges fueron estinguidos por disposición del gobierno constitucional. Falto de abrigo D. Fr. Domingo de Silos, se refugió en la casa de sus hermanos, y en ella permaneció cumpliendo con los deberes del episcopado así en el territorio de Burgos como en el de Calahorra hasta el año de 1824.

Aunque Fr. Domingo de Silos no buscaba la fortuna ni queria esperarla: uno de los raros ejemplos de humildad que de tarde en tarde producen los siglos! su grande espíritu mereció ser ayudado de los favores reales. Fernando VII deseoso de que correspondiese el premio á tan repetidas virtudes, lo eligió para obispo de Cádiz, silla vaca en aquellos calamitosos tiempos. No pasó mucho sin que las bulas de la corte pontificia acreditasen que la fama de Fr. Domingo de Silos habia llegado al pié del Capitolio.

Antes de ponerse en camino para Cádiz, quiso dar el postrimer adios á su monasterio

de Santo Domingo de Silos: con lágrimas en los ojos saludó los muros de aquella religiosa casa, donde habia abandonado el siglo de edad de quince años, y tomó la vuelta de la capital de su diócesis.

El día 5 de Agosto del año de 1825, fué recibido solemnemente en Cádiz y de una manera tal, cual nunca se vió en sus predecesores. Las tropas francesas que guarnecian la antigua ciudad patria heróica de los Balbos, le hicieron los honores segun el uso de su nacion, tendidas por las calles en encontradas hileras que solo dejaban camino para el prelado y los de su comitiva.

Al llegar Fr. Domingo de Silos á las puertas de la catedral, el dean D. Luis María Esquivel, varon notable por su doctrina, por su ingenio y elocuencia le dirigió el siguiente razonamiento.

«ILUSTRISIMO SEÑOR:

«Cuando yo tengo el honor de ser el fiel intérprete de los sentimientos de

esta diócesis para con un prelado que reune felizmente las dotes apreciables y raras que forman el alto carácter del episcopado, mas bien debia congratularme con ella de nuestra suerte, que dirigir hácia otro objeto mi discurso. Sin embargo, los labios consagrados á repetir las máximas eternas, deben estar distantes de cuanto pueda atribuirse á la vil adulacion ó á la lisonja.

«Cádiz, esta nueva Tiro con quien puede compararse en sus dias felices y en los de sus desgracias, esperaba ansiosamente un padre que enjugase sus lágrimas: un pastor que la condujese con acierto: un maestro que le dictase reglas sabias y prudentes. Abatido el comercio, ese manantial de la prosperidad, la abundancia y la riqueza alejadas de un suelo donde parecia haberse vinculado: la moralidad pública resintiéndose por un conjunto de desagradables circunstancias: tal es el vasto

campo que se presenta á V. S. I. para que lo cultive con esmero, para que arranque la cizaña sembrada por el comun enemigo, para que plante las virtudes religiosas y políticas. Nuestra Iglesia, célebre desde la mas remota antigüedad por la sucesion de sus pastores, cuyos nombres aun conserva la historia con respeto: ese báculo que acaba de dejar un pontífice, digno sucesor de los Leandros é Isidoros reclama de derecho abundante doctrina, prudencia consumada, teson en el trabajo, la justicia y la paz, el celo y la discrecion: la firmeza y la docilidad. ¡Cuantos nobles ejemplos hallará V. S. I. en la respetable sociedad que lo ha formado! ¡Sagrada Religion del gran Benito! Los triunfos mayores que ha conseguido la Iglesia, la civilizacion y la cultura de una gran parte de Europa fueron el resultado de esa regla, admiracion de los siglos, ley fun-


damental del monacato y modelo de la perfeccion cristiana! Así hablaban los padres en los sermones, comunmente llamados entronísticos: tal era el idioma de que usaban en la exaltacion de los obispos: de este modo recordaban las augustas funciones de la mitra!

«¡Qué momentos tan gratos aquellos en que el gran sacerdote esfuerce la voz para instruir á su pueblo, y este la escuche y se alimente de la sana doctrina! ¡Qué instantes tan placenteros en que cargando sobre sus hombros la oveja descarriada la conduzca al redil y la ponga á salvo del precipicio! ¡Qué dias tan dichosos en que los fieles vean al ángel que les anuncia la paz, á la estrella que disipa las sombras, al rocío benigno que fertiliza hasta la tierra mas estéril!

«¡Pueblo Gaditano! acércate á conocer á tu prelado: dirige tus votos al Altísimo por su acierto y felicidad:

préstale gustoso tu obediencia y respeto, y sea yo el primero que á nombre de todos rinda el homenaje justamente debido á su suprema dignidad y á sus altas virtudes (1).»

(1) Debo á la fineza de mi ilustrado amigo y compañero en la Academia de Bellas Artes de Cádiz el Sr. D. Javier de Urrutia, la copia de esta oracion que ha servido de original, así como otras noticias importantes para esta obra.



IV.

Ingrata suele ser para con los varones dedicados al ejercicio de las virtudes la condicion humana. De nada sirven las pruebas repetidas hechas en el silencio: de nada si el popular aplauso no ha querido calificar ó no ha calificado de grande, á veces la mas pequeña. Para que la virtud logre la veneracion de las edades futuras, para que sirva de enseñanza, necesita de un testimonio perpetuo, bien consignado en la historia, bien en cualquier escrito, bien en una mole de piedra que lo publique sin que la voz de la envidia pueda desmentirlo. Al amparo de la memoria de un alto hecho, la fama conserva la de las otras acciones nobilísimas que fácilmente se entregan al olvido. Grande fué la virtud de Epicteto; pero á Epicteto no hubiera bastado la grandeza de su virtud para lograr de siglo en siglo y de gente en gente la reputacion de uno de los mas virtuosos entre los mortales, si su doc-

trina no hubiese permanecido. Tal vez el recuerdo de D. Fr. Domingo de Silos hubiera terminado al terminar el siglo décimo nono, si no hubiera este ilustre varon escrito en piedra el monumento de sus virtudes como Epicteto escribió en papiro el de las suyas.

La fama de los hombres ha dependido en todos tiempos de un acaso, ó mejor dicho, de un accidente que ha servido para levantar su espíritu á mayores cosas. Un accidente hizo nacer en César la inclinacion á las armas; que lo condujo á las victorias: á arruinar á sus numerosos contrarios: á la suprema dignidad y á morir á manos de pocos á los pies de la estatua de su vencido y muerto enemigo. Un accidente puso en manos de Miguel Angel el lienzo, la paleta, los colores, el cincel y el martillo, el compás y la escuadra para erijir los mas grandes monumentos artísticos que han visto las edades. Un accidente, en fin, llevó á los labios de Demóstenes y de Marco Tulio las flores de la elocuencia. Así alcanzaron eterna fama entrambos Escipiones; así los Césares y Pompeyos: así Rafael, así Miguel Angel, así Murillo.

Dedicado en Cádiz D. Fr. Domingo de Silos al ejercicio del bien desde su advenimiento

á la silla episcopal, sus acciones iban acompañadas de la moderación y templanza propias de su carácter. Un acontecimiento inesperado vino á avivar su espíritu, escitándolo á una empresa, bastante á asegurar en su nombre el respeto de las futuras gentes.

Yacía en el abandono la fábrica comenzada de una nueva catedral, obra de labor esquisita y de gran costa. Abiertos sus cimientos y levantados sus muros y labradas sus columnas en el último siglo, faltó á los que dirigian los trabajos, no solo los haberes necesarios para darles dichoso fin, sino tambien el ánimo suficiente para solicitarlos con fé viva y adquirirlos de mano de aquellas personas que suelen responder al llamamiento de las ideas generosas. Pasó bastante tiempo sin que desapareciese el desmayo que habia ocupado los corazones de cuantos por su carácter debieran haber promovido la conclusión de la basílica gaditana.

En la madrugada del día 6 de Enero de 1832 las llamas se enseñorearon de una capilla del templo, la cual servia de depósito de maderas. Los adornos tallados en mármol que lucian en los capiteles de sus columnas, y una parte del entablamento y bóveda, perecieron consumidos en vivo fuego.

El gobernador militar de Cádiz D. José Manso y D. Fr. Domingo de Silos, al visitar en el siguiente día la fábrica del templo para examinar el daño ocasionado por la voracidad de las llamas, no pudieron menos de condolerse contemplando tan soberbio y rico edificio, espuesto á las inclemencias de los tiempos y á las injurias de los hombres. Uno y otro experimentaron vehementes deseos de concluir tan suntuosa fábrica, padron de ignominia para los que la habian dejado en el abandono.

D. Fr. Domingo de Silos desde el dia del incendio, comenzó con firme resolucion á tantear las voluntades de los que pudieran prestarle ayuda en tan jenerosa empresa. A pesar de que no se hallaba con otros haberes que los ahorros de sus pequeñas rentas, convocó para 4.º de Abril del mismo año de 1832 al Cabildo Eclesiástico, con el fin de comunicarle sus intentos y pedirle sus auxilios. Por vez primera desde su exaltacion á la silla episcopal de Cádiz, presidió á su Cabildo en juntas: no pudo ser en mas solemne ocasion, ni para mas noble objeto. Todos respondieron á la voz del ilustre prelado con la manifestacion de deseos iguales enteramente á los suyos. La terminacion de la obra, pues, quedó resuelta en el Cabildo.

En 23 de Octubre anunció por medio de una carta pastoral D. Fr. Domingo de Silos Moreno su propósito de terminar la fábrica de la basílica de Cádiz, y escitó á todos sus diocesanos á que por cuantos medios estuviesen á sus alcances procurasen contribuir á empresa tan meritoria. En 11 de Noviembre del mismo año en procesion solemne bendijo D. Fr. Domingo de Silos el primer palo del andamio, asistiendo al acto el celoso protector de la obra D. José Manso y las demás autoridades de Cádiz.

La comun opinion se desató, no solo en alabanzas del prelado por sus ardientes deseos de concluir lo que sus antepasados en dias de prosperidad no habian podido, sino tambien en dar por seguro que su laudable resolucion jamás venceria los obstáculos que por todas partes se levantaban. Ya el oro de las Américas no llegaba á Cádiz; ya las aguas de su bahia no eran oprimidas por tanto número de bajeles cargados de los tesoros de la naturaleza y de la industria humana; ya muchos de sus hijos y vecinos habian elegido otras ciudades para adquirir en ellas el bienestar suyo y de sus familias; ya la paz habia huido del suelo español; y ya la guerra se preparaba á destruir en los campos las fatigas de los labradores,

abrasando las plantas con el riego de la caliente sangre de sus víctimas, y con el aire envuelto en el humo de las mortíferas armas; ya en fin, la peste se prevenia tambien á acrecentar el luto, la desolacion y la miseria de España, sin que el espanto, que llevasen consigo sus rigores, bastase á quebrantar las iras de los contrarios bandos.



V.

Un nobilísimo objeto apartó de los muros del templo gaditano á D. Fr. Domingo de Silos Moreno, cuando las piedras labradas á su costa habian comenzado ya ajustarse á la suntuosa fábrica antigua. Convocadas las Cortes para la jura de la Princesa Doña Isabel II en Madrid (20 de Junio de 1833) el Prelado de Cádiz acudió á prestar el homenaje de su fidelidad á la que habia de ser mas tarde combatida por los parciales del infando despotismo. Al volver á Cádiz D. Fr. Domingo de Silos, prosiguió animado de su ardiente y generoso celo en concluir la basílica gaditana.

Pobre su mesa, pobre su casa, aun antes de comenzar la admirable obra del templo, fueron reducidas á pobreza mayor para mayor aumento de los arbitrios que el entusiasmo popular ofrecia á varon tan insigne.

Templos, tumbas, anfiteatros, coliseos, le-

vantó el arte griego y latino para honra del mismo arte, para asombro de los siglos y para orgullo de sus autores. Pero ¿qué coliseos, qué anfiteatros, qué tumbas y qué templos alzaron la pobreza y la virtud asistidas por los tributos que les rendía la admiración de las gentes? Fábricas fueron de emperadores: fábricas fueron de magnates tan poderosos como los altos monarcas. Unos y otros empleaban algo de sus inmensos tesoros en erijir soberbias moles, moles soberbias que pregonaron al mundo las riquezas y la pompa de sus dueños: pero que jamás pudieron decir á los humanos: «Iguales fueron en grandeza sus virtudes.»

Allí los siervos del Estado, como los siervos de los siervos de los emperadores regaban con sus lágrimas y su sangre los cimientos de los edificios: allí á los suspiros que daba la fatiga solamente respondía el son de las cadenas. De este modo labraba la esclavitud los monumentos que habian de legar á los siglos sus opresores, para que entregando al olvido la casi siempre estúpida maravilla del vulgo los nombres de los artistas, si los siervos tienen ó han tenido nombres, llevase de nacion en nacion los de cada uno de sus sangrientos fundadores.

Para una generacion que ignora el noble uso que pueden hacer de su inteligencia los mortales, tan solo merecen el aplauso de grandes hombres, aquellos que mas han contribuido al envilecimiento del linaje humano. ¡Oh ignominia, y mas que ignominia aun! ¿Por ventura los monumentos que la fatiga de los esclavos levantó teniendo por maestra á la violencia, como adulacion que la misma tiranía solicitó para sí, son, han sido y serán siempre sustituidos por otros monumentos mas duraderos que las piedras y los bronces? ¡Aplauso infame de la mentirosa historia dado por entendimientos que niegan á la humilde virtud la admiracion, cuando conceden la admiracion al crimen, á la ineptitud y á la insolencia; tú callarás, como callaron muchas de las suntuosas fábricas de los césares opresores, cuando la tierra no quiso por mas tiempo sustentirlas! Tú callarás; y si hablas será para recordar con las ruinas de los monumentos cómo los siglos convierten en míseros pedazos las obras de la esclavitud: cómo á las mudas soledades dicen las derribadas columnas: «Así yace igualmente por tierra la fama de nuestros augustos fundadores.»

Derribe el tiempo enhorabuena con su po-

derosa mano las estatuas que á Sócrates erigió en Atenas, la Atenas que le dió muerte: derribela enhorabuena; pero sus restos infelices antes dejará de pregonar la flaqueza de las obras humanas, que la virtud del magnánimo Sócrates.

Fr. Domingo de Silos, no es el señor poderoso de las antiguas edades; no es el árbitro del orbe, no abarca los tesoros de la vencida tierra, no hace artistas á los esclavos sirviéndose de la violencia: tampoco es el soberano de los siglos mas modernos que consume las haciendas de los súbditos en monumentos erijidos tambien por la fuerza. Es el varon que desecha de su persona todo gasto que lleve consigo la sombra de la vanidad, la sombra del regalo, la sombra del atavío: es el que emplea sus haberes en trocar un edificio envilecido en edificio magestuoso: es el que al pobre hace amar el trabajo: es el varon que al mismo pobre ignorante convierte honrosamente en artista: es el que llama á la voluntad de un pueblo, para que la voluntad del pueblo lo ayude en una empresa generosa: es en fin el que en tanto que la discordia enciende en furros á la desolada España, consagra el templo de la paz en el siglo de la guerra.

No podia D. Fr. Domingo de Silos Moreno conocer toda la grandeza de su virtud: porque ¿á dónde habia de volver los ojos para compararla? Al decirle en cierta ocasion el ingenioso y florido poeta gaditano D. Francisco Flores Arenas que era digno de admiracion por haber tomado sobre sus hombros tal empresa en tiempo de tantas alteraciones y de tantos tumultos, respondió D. Fr. Domingo de Silos: «Todos me dan esa alabanza; pero esa alabanza no debe recaer sobre merecimientos especiales míos: yo he visto la historia de los siglos adonde llega la memoria de las gentes, y no he hallado uno en que la sangre no se haya vertido en abundancia, y donde la discordia no haya sembrado de espinas los pueblos, bien en luchas interiores, bien en luchas estrañas. Pues muchos han fabricado obras notables en tiempos mas ó menos calamitosos, no se me adjudique como título de gloria lo que título de gloria no ha sido ni ha podido ser en aquellos cuyo ejemplo sigo.» Así la fuerza de su virtud le hacia tener en menosprecio sus ilustres acciones: así queria encontrar en la historia ejemplos vulgares para ajustarlos á ellas: así mientras la fama daba el justo aplauso á sus méritos, no veia él méritos en sí ni para el aplauso, ni para la ocupacion de la fama.

VI.

Al fin logró consagrar D. Fr. Domingo de Silos Moreno en los días 28 y 29 de Noviembre de 1838 la suntuosa basílica gaditana, trocando en templo de la virtud y de las artes el que albergue era del horror, albergue de la lascivia, albergue del latrocinio.

Donde se encerraban instrumentos de guerra bajo el abrigo de bóvedas erigidas tan solo para oír los acentos de la paz: donde la codicia labraba cuerdas para gobernar las velas de los poderosos bajeles que iban en demanda del oro que la esclavitud con mortales agonías arrancaba de las entrañas de la tierra: donde permanecían en solitario depósito, como indignos de pompas fúnebres los cadáveres que la honrada pobreza ponía en manos de la sociedad para que les diese por el bien público la sepultura que ella no podía concederles: donde las sombras de la muerte no ahuyentaban en la

dudosa luz de la tarde á los nefandos y adúlteros vicios y á la codicia del precio de un infame deleite: donde la soledad y las torpezas incitaban al robo y al fraude: donde los mármoles lucientes parecian colocados para servir de deshonroso lupanar y de guarida del crimen; y donde los soberbios muros y las ricas columnas con apariencias mas que de fábrica, de lamentables ruinas, constituian á los ojos de propios y estraños, no un monumento de gloria, sino un monumento de ignominia para Cádiz: allí por la valerosa constancia de un varon humilde: allí por el ejemplo del anciano que llama en su ayuda á la virtud, resuena la voz de la moralidad; allí son trasladadas para admiracion de las gentes obras sublimes del arte: allí una Concepcion pintada por Clemente de Torres, ostenta los rostros de la Virgen y ángeles á cual mas bellos, la dulzura y sencillez de sus tintas, su armonía agradable y su tono mas alegre que el de los cuadros de Murillo, con quien se atreve á competir el artista de Cádiz (1) allí el martirio de San Sebastian,

(1) El Sr. D. Javier de Urrutia, en su curiosa descripcion histórico-artística de la Catedral de Cádiz, inserta un pasaje del acta capitular de 1.º de Agosto de 1794, que dice lo siguiente. «Se mandó

grandiosa pintura que Génova recuerda con generoso orgullo al contar entre sus grandes hijos á Juan Andrés Ansaldo, elegante en el diseño, espresivo en los afectos, y suave en el colorido (1): allí del ilustre cordobés Agustín del Castillo, el lienzo de la Adoracion de los Reyes, digno del pincel de Rubens: allí de Cornelio Scut, flamenco de nacimiento, sevillano por adopcion y protector de su escuela, el de San Firmo, el de Santa Teresa y aun el de las once mil vírgenes, en los cuales unas veces se ve la manera de Zurbaran, otras la de Murillo, y muchas las de entrambos maestros: allí las obras de pintores contemporáneos que movidos de las palabras de D. Fr. Domingo de Silos se pres-

colocar en la Santa iglesia en el altar inmediato al de San Pedro una pintura esquisita de Concepcion que se dice de Murillo y fué del altar del oratorio de la contratacion estinguido.»

Sin embargo de esta especie de tradicion, la obra no es de Murillo, sino de Clemente Torres, segun el comun sentir de los profesores y aficionados, entre ellos el Sr. D. Manuel Gutierrez y el mismo Sr. de Urrutia.

(1) «Fece egli (Ansaldo) in primo luogo una tavola rappresentante il martirio di San Sebastiano che fu tramesa in Cadice e collocata nel duomo di quella città, ove tuttavia si conserva. L'opera è molto squisita e da continua lode all' autore.» *Vite de pittori, scultori ed architetti genovesi di Rafaelio Soprani.*—(Genova, 1768.)

taron á contribuir al mayor decoro del templo (1): allí, en fin, primorosas esculturas de los Fidias y de los Praxiteles españoles.

Este templo como erigido por la virtud y para la virtud, no en conmemoracion de victorias compradas con las vidas de miles de víctimas, jamás incitará á que se coloquen en sus muros y en sus columnas, los despojos y las riquezas que se hallaren en las ruinas de una nueva Sagunto, del mismo modo que el cartaginés Annibal en el templo de Hércules ofreció vanagloriosamente los adquiridos en la destruccion de la mas ilustre de las ciudades.

No tema la mísera humanidad que otro capitán ambicioso al visitar esta basílica, como César visitó el mismo templo de Hércules gaditano, halle otra estatua de Alejandro que le

(1) El Sr. D. José García Chicano pintó un San José: el Sr. D. Joaquin Manuel Fernandez el Angel Custodio: el Sr. D. Gerónimo Marin (hoy canónigo lectoral de la Iglesia gaditana) un San Vicente mártir: el Sr. D. Juan José de Urmeneta, San Basileo obispo: y el Sr. D. Javier de Urrutia, San Hiscio obispo. Las artistas contribuyeron igualmente con sus apreciables trabajos á enriquecer el templo. La Sra. Doña Ana Urrutia de Urmeneta pintó una buena copia de un San Gerónimo, y la Sra. Doña Victoria Marten de Campos un San Lorenzo mártir.

incite á vencer á su patria, á asolar el mundo, y á inscribir su nombre en el ensangrentado catálogo de los Ciro, Atilas, Muzás y Napoleones.

Solo se presentará á su vista la imágen de la humilde virtud: solo el nobilísimo ejemplo de D. Fr. Domingo de Silos: solo el recuerdo de uno de los hombres que han cumplido con su deber en el siglo décimo nono!



VII.

En presencia de tan alto servicio prestado á Cádiz por D. Fr. Domingo de Silos Moreno, el Ayuntamiento Constitucional le dirigió la siguiente carta gratulatoria.

«EXCMO. É ILLMO. SR.

Faltaria este Ayuntamiento á los deberes que le impone su carácter de representante del pueblo, y haria traicion á sus propios sentimientos, si despues de los actos augustos que se acababan de celebrar, permaneciera en silencio, sin espresar á V. E. los afectos de gratitud y de alegría que hoy rebosan en el corazon de todos los gaditanos.

«Un edificio suntuoso que la piedad

de nuestros mayores destinaba para el culto, yacía por concluir dentro de los muros de Cádiz, aguardando de las injurias del tiempo su total ruina. Las generaciones que habían pasado, si bien deseosas de verlo en uso, no se atrevieron á intentar su conclusión arretradas por los obstáculos que les oponía la decadencia mercantil. Y cuando esta iba llegando á su último extremo, cuando todas las calamidades descargáran sucesivamente sobre este desgraciado pueblo, V. E. con una constancia invencible, sostenido por el zelo de la honra del Dios de nuestros padres, ha logrado con el auxilio de su providencia la terminación de la obra. No retrajeron á V. E. de su empeño ni la minoración de las fortunas, ni la guerra civil, ni las enfermedades epidémicas, ni las disensiones políticas, ni las avenidas de tan amargas tribulaciones pudieron apagar el

deseo que ardia en el corazon de V. E. Firme en su propósito, y esperando en el que nunca desampara á los que en él confían, consiguió V. E. ver coronados sus afanes, y dar un dia de gloria á la Religion, y de júbilo al Ayuntamiento y á este vecindario.

«A V. E. somos deudores de tan deseada solemnidad. Si ese templo ha sido consagrado á el Altísimo; si el sacrificio de nuestra redencion se ha celebrado en sus aras con toda la magnificencia y solemne magestad del culto; si los afectuosos cánticos de Sion resuenan en sus bóvedas, y se ha sentado en su altar el Dios de las misericordias para esparcirlas sobre cuantos con viva fé lo invocaren, de V. E. hemos recibido tan inefables beneficios.

«Por tanto, Excmo. Sr., el Ayuntamiento por sí, y á nombre de este héroe y religioso pueblo, tributa á V. E. las mas rendidas gracias; y le felicita

cordialmente por el venturoso éxito con que ha coronado el cielo su piadosa solicitud. En esos mármoles, y mas que en ellos en el pecho de todos los gaditanos, queda grabada indeleblemente la memoria de este beneficio; y con ella la de las virtudes pastorales de V. E. Los padres las transmitirán á sus hijos; y ese templo las conservará á las generaciones venideras. Cuando en sus prósperas ó adversas fortunas acudieren al Dios que en él reside, hallarán al pié de ese altar el grato recuerdo del Pontífice que lo erigió á costa de su reposo y de sus bienes.

«El Todo-poderoso dé á V. E. el premio que ha merecido, como se lo ruega el Ayuntamiento; y que despues de haber hermoseado la Iglesia gaditana con la conclusion de este templo, y dirigido á sus fieles por largos años con la palabra evangélica y la luz del

ejemplo personal, sea V. E. su intercesor en el templo eterno de la celestial Jerusalen.

Dios guarde á V. E. muchos.—Cádiz 29 de Noviembre de 1838.

El Cabildo Eclesiástico, animado del mismo espíritu de gratitud, dirigió á D. Fr. Domingo de Silos otra carta, no menos elocuente.

«ILLMO. Y EXCMO. SR.

«Hoy hace un mes que congregados capitularmente, alcanzamos la dicha y la honra de que V. E., ocupando su silla pontifical á nuestra cabeza, nos comunicase de oficio, que coronados por el cielo sus deseos, sus esperanzas, y los afanes de seis años de su mas que humana constancia, el nuevo Templo de esta Sta. Iglesia Catedral, digno objeto de tan ardiente solicitud, se hallaba en estado de ser consagrado al culto de la Magestad divina, para quien em-

pezó á erigirlo, sin lograr acabarlo la piedad de nuestros mayores.

«Testigo fué V. E. de los afectos que en nuestros pechos produjo anuncio de tan inefable consuelo. En la alocucion de nuestro presidente, en las animadas voces con que cada capitular consignó su voto en aquella sesion memorable, y mas que todo, en las lágrimas que arrasaban nuestros ojos, pudo V. E. leer, á par de nuestro gozo, el entusiasmo que electriza nuestras almas por la gloria de poseer en V. E. un Prelado que á las singulares prendas que ya lo distinguian entre los Príncipes de la Iglesia de España, reúne la de haber sido escogido por Dios entre tantos para instrumento de ese milagro de su omnipotencia; cual acertadamente califica la general opinion de naturales y estraños, el haber acometido y dado cabo feliz á una empresa, que en mejores tiempos asustó á los genios

mas atrevidos: que en los presentes, miraban todos como desesperada.

«El Cabildo ha formado ya varios acuerdos que transmitirán á sus sucesores la memoria de tan insigne beneficio del Señor y la de su inmensa gratitud á V. E.: pero entretanto hoy que termina la solemne octava de la Dedicacion del nuevo Templo; despues de haber tributado á Dios en el sagrado himno, cuyos ecos aun resuenan en sus bóvedas espaciosas, nuestra humilde accion de gracias, creemos obligacion nuestra reiterar en esta carta la débil espresion de las que á la piedad, á la generosidad y al celo heróico de V. E. son debidas.

«En ello no hacemos mas, Señor Excelentísimo, que asociarnos á los sentimientos del pueblo de Cádiz, cuyas bendiciones están lloviendo sobre V. E. desde el punto suspirado que su báculo pastoral le franqueó las puertas del

nuevo santuario. Esa popularidad que las eminentes virtudes de V. E. le han granjeado, esa veneracion y ese amor que todos le profesan, es, en medio de tantos motivos de júbilo, lo que mas dilata y recrea el ánimo del Cabildo, que en tan benévolas disposiciones ve asegurada de hoy mas, la esperanza de ópimos frutos de santidad y bendicion á la semilla evangélica en los labios de un Pastor tan respetado y querido de su grey. En ellas contempla tambien el Cabildo afianzada mucho mejor que en sus acuerdos, la perpetuidad del ilustre nombre de V. E., que rodeado del aprecio de los gaditanos, quedará consignado en los fastos de esta ínclita ciudad, como lo está ya en la mas brillante pájina de la historia de su Iglesia.

«Para gloria de ella, honor y delicias de su Cabildo, y ornamento del Episcopado español, plegue á Dios

prosperar dilatados años, como se lo rogamos y rogarémos incesantemente, la preciosa vida de V. E.

«Cádiz nuestro Cabildo á 5 dias del mes de Diciembre de 1838 años.»



VIII.

En vista de las repetidas muestras de admiración que recibía de los gaditanos, D. Fr. Domingo de Silos Moreno respondió á todas con las palabras que le dictaba su modestia heroica. La siguiente carta dirigida al Cabildo Eclesiástico está escrita con la sencilla elocuencia del sentimiento.

«ILLMO. SEÑOR.

«No acierto á decir á V. S. I. la sensación que ha causado en mi alma la carta, que en 5 de este mes ha tenido la bondad de dirigirme con el motivo plausible para todos de haberse dignado el Señor dejarnos llegar al deseado término de ver consagrado y dedicado á su culto ese hermoso Templo, ofren-

da muy propia de la antes opulenta y siempre religiosa Cádiz. Me abismo en mi nada al considerar las espresiones de gratitud, de respeto y de reverencial afecto con que V. S. I. me honra en ella, tanto mas cuanto estoy íntimamente convencido de que no las merezco, y menos los elogios que me prodiga con esceso ciertamente, pero esceso nacido del alto concepto que V. S. I. tiene de mi pequeñez y que á mí me deja agoviado con un peso que no puedo sobrellevar, porque no me es dado corresponder, como es debido, á tanta bondad de V. S. I.

Pero en el suceso que con mucha justicia ocupa nuestra atencion por las extraordinarias circunstancias en que la Providencia divina lo ha llevado al cabo, séame lícito recordar á V. S. I. por mas que se haya desentendido por su modestia de apuntarlo, lo que hay de cierto y sin exajeracion, y es que

no he sido yo solo el que lo ha promovido, y que mi Cabildo es quien ha puesto sus fundamentos sin los que yo no podria haber edificado. Porque, si es verdad que al entrar por primera vez en el principal Templo de esta capital y de toda la Diócesis, me ví sorprendido con su mezquina fábrica, y me lamenté de que se estuviese aruinando el magnífico que acabamos de consagrar, concibiendo desde entonces la idea que ya se ha ejecutado; no lo es menos que V. S. I. penetrado de mis sentimientos tantas veces manifestados en nuestras conversaciones privadas, me animó á poner manos á la obra.

No se borrará de mi memoria el cabildo celebrado con mi acuerdo y en mi presencia el 2 de Junio del año pasado de 1832 antes de prepararse los trabajos. Allí por aclamacion y con un indecible entusiasmo convino V. S. I.

en cuanto yo propuse; se prestó á sacrificios superiores á sus fuerzas, y como por encanto proporcionó una cantidad, que unida á la que el Excmo. Ayuntamiento puso á mi disposicion con permiso de S. M., bastó para prevenir materiales y empezar á trabajar con energía y con teson. Hay mas; V. S. I. por cuantos medios le ha sugerido ingeniosamente su celo y acendrados deseos de cooperar por su parte á la obra, se ha desprendido, en medio de la situacion mas crítica, de lo que acaso y sin acaso necesitaba para su decoro y subsistencia; y á su imitacion Cádiz siempre piadosa y siempre grande aun en sus infortunios, no ha dejado perecer ese edificio suntuoso, ese don tributado á la Divinidad por la religiosidad de sus padres y monumento de su esplendor antiguo.

«Y pues que así se ha verificado con admiracion universal, sean, Sr. Illmo.,

dadas las gracias al Señor, y solo al Señor, y bendigamos dia y noche sus misericordias porque se ha dignado coronar nuestros mútuos afanes; y estando ya palpando el desahogo y la magestad con que se celebran las augustas solemnidades de nuestra Religion sacrosanta en el nuevo Templo, V. S. I. como tan interesado en el aseo y buen órden que debe reinar en él, se regocijará en redoblar su cuidado y vigilancia para que nada se omita de cuanto sea menester á fin de que el Dios de la magestad que ya lo habita, sea acatado y reverenciado por todos los que entren en su recinto, removiendolo lo que pueda ofenderle, y al mismo tiempo en continuar ayudándome, como tan generosamente me tiene ofrecido, segun lo permitan las críticas circunstancias que nos rodean, para concluir las obras que aun restan, bien persuadido, que por mi parte haré con

el auxilio del Señor cuanto esté á mis alcances y emplearé gustosísimo en su culto lo que el mismo Señor se digne poner en mis manos.»

Peso grande para la modestia de D. Fr. Domingo de Silos el justo aplauso de los gaditanos, movido por la admiracion de sus virtudes, quiso separar de su frente el alto laurel que la ceñia y repartir todas sus hojas entre cuantos lo habian auxiliado en su ilustre empresa. A tal fin encaminó su noble razonamiento: á tal fin y no á pretender nuevos laureles por la sinceridad de su ánimo: á tal fin, y no á engrandecerse por medio de la humildad heróica.



IX.

El estruendo de las luchas políticas no pudo alterar el ánimo de D. Fr. Domingo de Silos Moreno, ni conseguir que se separase de la empresa de terminar la fábrica interior del templo gaditano. Mas tarde, honrado con el cargo de Senador del reino, tampoco quiso abandonar la prosecucion de la obra.

En el siglo de las ambiciones ¿qué habia de hacer la humildad ante las disputas por la posesion de un vano señorío? en el siglo de la venalidad y de la codicia; en el siglo de la torpe ineptitud y del ciego orgullo, aquella y este ensalzados escandalosamente por sí mismos, ¿qué la modestia, qué la sabia virtud de conocer á los hombres, qué el constante pensamiento de cumplir con sus deberes, qué la caridad, qué la grandeza de ánimo, qué el santo y puro amor de la patria?

Cuando la venalidad, la codicia, la ineptitud y la soberbia triunfan en las personas de sus esclavos dividiendo entre ellas los despo-

jos del mundo; cuando la impotencia con que los ambiciosos del siglo engañan y se engañan, reputándola por el mas grande de los merecimientos, los derriba á cada paso con espantosa ruina, sin que este castigo digno de la estúpida temeridad aterrorice con el ejemplo: cuando la misma temeridad estúpida y todas las mas infandas pasiones que la asisten, se burlan del desprecio de la honradez, porque para desdicha de la humanidad y para confusion de las ideas, ven que tambien hay desprecio en los que envidian miserablemente las pretensas glorias: cuando la ruina de la venalidad y de la ineptitud no es ya mas que el anuncio de que la ineptitud y la venalidad disfrazadas con otros nombres han asegurado de nuevo su insolente triunfo: ¿quién osará pelear cuerpo á cuerpo con tan poderosos vicios? ¿quién volverá por la dignidad del hombre?

Ante una generacion corrompida incapaz de comprender los grandes pensamientos de honor y de justicia, enmudezca la elocuencia y hable solo para su ignominia el ejemplo. Contra la insaciable sed de mando, contra la venalidad, contra la soberbia, contra la codicia, y contra la temeraria impotencia de los hombres del siglo, Fr. Domingo de Silos Moreno

protestó con su pureza de costumbres, con su honradez, con su celo de la paz, con su apartamiento de los furros de la ambicion, ridiculos siempre, si alguna vez la humanidad no los llorára con lágrimas de sangre. Protesta fué consoladora para la virtud oprimida: protesta fué terrible para la iniquidad orgullosa: protesta en fin, que aunque heróicamente humillaba á los perversos, no podia concitar sus iras al ultraje y á la venganza, sino á la indiferencia en lo recóndito del corazon y al forzoso respeto en la presencia del mundo.

Los sinceros admiradores de la grandeza de alma de D. Fr. Domingo de Silos, quisieron dar un perpetuo testimonio del aprecio con que miraban al apóstol del bien en el siglo décimo nono. Determinaron erijirle una estatua ante las puertas del templo cuyas bóvedas su constancia y probidad habian cerrado. Apenas el Sr. D. Javier de Urrutia, ilustre artista gaditano y alcalde de Cádiz en aquel tiempo, puso en noticia de D. Fr. Domingo de Silos tan noble idea, este insigne varon rebusó la honra que le preparaban los hijos de la ciudad de Hércules. Se llamó indigno de que la escultura transmitiese su imágen á las venideras gentes, y pidió como la mas señalada merced

que el dinero que se allegaba para la empresa, se aplicase á la fábrica exterior del templo gaditano.

Siglo que ve á los histriones de virtud, á los histriones de saber, á los histriones de valor y á los histriones de patriotismo, capaces en cambio de un falso título de honor ó del oro que les preste la apariencia de nobleza, ya de conducir al torpe lupanar á sus esposas é hijas, ya de envilecer la ciencia consagrándola á la adulacion de los crímenes, ya á trocar la espada en rueca, ya á abrir la sima en que se sepulte su patria, no quiso D. Fr. Domingo de Silos que viese á su humilde y bienhechor espíritu autorizar las pompas que en los tiempos de turbulencias suelen destruir y volver á levantar, indignadas en la destruccion y mas indignadas en la nueva fábrica las mismas generaciones que primero las levantaron. Hable la estatua que los Paduanos erijieron á Marco Tulio Ciceron, el salvador de la ciudad eterna: hablen su cabeza y su estatua derribadas por haber defendido á la patria contra la opresion de los triunviros: hable la inconstancia del vulgo pronta á vengar la sombra de las ofensas y hasta á castigar el mismo bien, si el mismo bien se opone á sus designios.

X.

Solamente aceptó D. Fr. Domingo de Silos aquellas honras que no estaba en su mano el evitar sino el agradecer. Por eso las bandas de las Ordenes de Carlos III y de Isabel la Católica, concedidas á sus nobles méritos adornaron su pecho: por eso su retrato fué colocado en la sala capitular del Ayuntamiento de Cádiz (1) como perpétuo testimonio de honor á su memoria.

La fama justa de sus virtudes lo elevó á ser elegido para la silla arzobispal de Sevilla, y quizá lo hubiera llevado tambien á vestir la púrpura cardenalicia, si rendido al peso de los años, si amante de la ciudad de Cádiz, y en fin, si deseoso de no apartarse ni en la vida ni en la muerte, de las bóvedas de su templo no

(1) Obra original del Sr. D. Javier de Urrutia y muy notable por su parecido y por la destreza de la ejecucion de sus accesorios.

hubiera renunciado con firme decision el báculo de S. Isidoro. Triste fué, cuanto alegre por otra parte, para el pueblo de Cádiz la nueva de su exaltacion al arzobispado: triste por pocos momentos, porque toda sombra de pena se disipaba al imaginar que de él no podia esperarse mas resolucion que la renuncia.

De este modo coronó sus acciones ilustres: el último hecho grande de su vida fué una admirable prueba de humildad y un no menos admirable testimonio de afecto de amor hácia el pueblo gaditano. Retraido desde entonces por la postracion con que la vejez lo fatigaba, al cumplimiento de sus mas altos deberes, su nombre era un título de orgullo para los habitantes de Cádiz al pronunciarlo ante los oidos de los extranjeros.

Todavía D. Fr. Domingo de Silos se sintió con fuerzas para disponer el sitio de su sepulcro, para presenciar con desprecio de la vida la mansion que habian de tener sus despojos mortales, y aun para bendecirla: tumba de antemano bendecida por sus virtuosas acciones, y tumba que siempre bendecirán con admiracion los siglos futuros, hasta donde alcance el recuerdo de ellas.

Al poner en conocimiento de sus amigos que

habia mandado colocar su sepulcro á la haz de la tierra sin adornos que pudiesen atraer á los hombres pensamientos de vanidad, es fama que les dijo: «Mis fuerzas cada vez están mas consumidas: no pasará mucho tiempo sin que bajéis á visitarme al lecho de piedra en que tendrán reposo mis cenizas.»

En las cosas tocantes así á la vida como á la muerte procuró huir de las pompas del mundo. Por eso cuando visitaba los pueblos de su diócesis, jamás consentia que á los pueblos se fatigasen con gastos extraordinarios para el sustento y decoro de su persona y familia. Dejó esas vanas esterioridades de forzoso y maldecido respeto para los que se lisongean con el aplauso exigido por los que tienen á su cargo la gobernacion, no dado por la sincera voluntad de los pueblos. Sus escasos haberes, y solo sus escasos haberes, le facilitaban los medios de subsistencia en las visitas que hacia á sus diocesanos; y así sus diocesanos lo saludaban como á un amante de la pobreza, no como á un especulador de la misma pobreza para manifestarse á su costa cercado de aparatos de autoridad efimeros.

Por eso cuando D. Francisco Flores Arenas le dijo en cierta ocasion que en la catedral de Cádiz

debiera estar colocada la magnífica sillería del coro de la Cartuja de Jerez á tener un asiento para el obispo, D. Fr. Domingo de Silos Moreno le respondió: «Lo de menos es tal falta; pues si para el obispo no hay asiento, el obispo lo tomará en cualquiera parte.» Así para él las dificultades en el decoro de su persona, no eran dificultades sino aquellas que eran superiores á sus buenos deseos.

Por eso en fin, cuando en los primeros tiempos de estar en Cádiz, el fanatismo ó la ostentacion de religiosidad, era llevado al último extremo, asistia convencido de esta triste verdad á actos públicos, convidado por los que querian autorizarlos no con las virtudes de su persona, sino con la presencia del obispo. «No voy, (decia á sus familiares y amigos) por gozar del respeto que se debe á mi dignidad, ni menos porque crea que la devocion obra en los que para todo piden mi asistencia; pero á quienes nada tienen no quiero desposeer del simulacro de piedad que ambicionan. Si les quitase este, ¿qué les quedaria?»

(CONCLUSION.)

Rendido al peso de los años vió D. Fr. Domingo de Silos acercarse su última hora con la tranquilidad de ánimo propia de su condición resignada. Los monges benedictinos que en compañía de D. Fr. Rosendo Salvado, obispo de Puerto-Victoria, se disponían en Cádiz á atravesar los mares en demanda de los remotos climas de la Australia, recibieron el postrimer suspiro de su hermano, el 9 de Marzo de 1853.

La muerte que reduce á polvo la naturaleza del hombre, y que trueca en nada la soberbia de los que se dicen grandes y por grandes son tenidos ante la ciega y estúpida credulidad del vulgo, vino á rasgar el velo con que aun en la misma tumba quiso encubrir su grandeza D. Fr. Domingo de Silos Moreno.

Dejó ordenado en su testamento que en sus honras no resonase la voz de la elocuencia sagrada, pues temía que esta por ensalzar virtudes entregase al olvido sus defectos, como si los defectos, en el caso de haber existido en su persona, no estuviesen borrados por tantos y tantos años de las mas esclarecidas virtudes.

Trajano con ser Trajano, árbitro del orbe y virtuoso entre los virtuosos, no huyó del se-

nado cuando Plinio levantó la voz para dar las merecidas alabanzas á sus generosas acciones.

Temeroso de que sirviesen de cubierta á su sepulcro las señales del aplauso de sus diocesanos, no quiso que se grabasen en el mármol mas palabras que las siguientes:



AQUÍ YACE

FRAY DOMINGO DE SILOS MORENO

INDIGNO MONGE BENEDICTINO,

Y MAS INDIGNO OBISPO DE CADIZ.

Tal fué la vida y tal la muerte de D. Fr. Domingo de Silos. Su voluntad sublime podrá dejar muda á la elocuencia, pero jamás ociosa á la admiracion, jamás á Cádiz sin el recuerdo de sus virtudes, jamás á la Iglesia de España sin una de sus mas altas glorias, y jamás al sacerdocio sin ejemplo.

FIN.

APÉNDICE.

ADVERTENCIA.

Accediendo el editor de la presente Biografía, escrita por el Sr. D. Adolfo de Castro, á las repetidas instancias que le han hecho muchos suscritores á ella, inserta los siguientes documentos ilustratorios de la vida del venerable Obispo gaditano.



EL OBISPO DE CADIZ

A TODOS LOS NATURALES

VECINOS Y HABITANTES DE LA MISMA

CON MOTIVO DE LA

CONSAGRACION

DE SU NUEVA IGLESIA CATEDRAL.



EL ORIZPO DE CADIZ

A TODOS LOS NATURALES

VECINOS Y HABITANTES DE LA MISMA

CON MOTIVO DE LA

CONSERVACION

DE SU NUEVA IGLESIA CATEDRAL.



NOS D. Fr. DOMINGO DE SILOS
Moreno, por la gracia de **Dios** y
de la **Santa Sede Apostólica** **Obis-**
po de Cádiz y Algeciras, **Caballero**
Gran Cruz de la Real Orden Ame-
ricana de Isabel la Católica, del
Consejo de S. M. etc.

*A todos los vecinos y habitantes de esta
ciudad de Cádiz, salud en nuestro Señor Je-*
sucristo.

Si al dar principio á los trabajos en la pro-
secucion de la obra de la nueva Catedral en el
año pasado de 1832, os anunciámos este grande
suceso, inundado nuestro corazon de un sin-
gular gozo, y suponiéndolo tambien en los
vuestros ¿cual deberá ser hoy dia nuestra mú-
tua alegría y satisfaccion al ver que bendi-
ciendo el Señor vuestros heróicos esfuerzos y
sacrificios, se halla ya ese magnífico templo á
cubierto de la destruccion que le amenazaba,

y en disposicion de poderse consagrar al culto que vuestros padres se propusieron tributar al Ser Supremo en medio de ese mar que le circunda? Y si ofrecimos en la festividad de nuestros ínclitos Mártires y Patronos S. Servando y S. German del mismo año trabajar incesantemente en ese grandioso edificio hasta ponerlo en estado de celebrar en él con mas decoro, con mas comodidad y decencia los augustos misterios de nuestra Religion sacrosanta, y henchir sus bóvedas dia y noche con el eco de sus divinas alabanzas, habiéndose dignado el Señor, alentando nuestra debilidad y flaqueza, dejarnos llegar al término de nuestros continuos afanes y cuidados, ¿qué accion de gracias no deberemos tributar al Supremo Autor y dispensador de todo bien por un beneficio tan señalado?

Sí, gaditanos, tales son los sentimientos de que deben estar animados nuestros corazones al acercarse ese dia tan deseado en el que el Dios de la Magestad, el Rey de los siglos va á ser trasladado á su nuevo templo, y si así fuere su agradable voluntad, tenemos resuelto de acuerdo con nuestro venerable Cabildo, consagrarlo á su santo nombre el dia 24 de este mes, con toda la solemnidad que ordena el

Pontifical romano. Acontecimiento notable, y que por tantos motivos debe ser halagüeño á un prelado y á un pueblo fiel que se gloria de serlo, apreciando mas este título sobre todos los otros que ofrece la vanidad del mundo, suceso que bien á las claras inunda de gozo á todos los habitantes de esta ciudad populosa, y con muchísima razon, porque ¿quién no ha de manifestar un religioso placer viendo por sus propios ojos vencido lo que ya se reputaba un imposible? Pero ello es cierto que un templo principiado en el año de 1722, llevado sin intermision desde su primera base cimentada en el fondo del mar hasta los arcos torales, suspendidas sus obras despues de haber empleado en ellas mas de 30 millones de reales, abandonado por espacio de cerca de 40 años, y entregado al olvido sin que sirviese mas que para almacen y otros objetos menos decentes, en estos seis años de afanes, de cuidados, de un sin número de calamidades, escaseces y miserias, ha salido como por encanto de ese estado de vilipendio y de la ruina que ya empezó á devorarlo.

Prodigio verdaderamente singular reservado á la nunca estinguida religiosa piedad de Cádiz, que con sus donativos voluntarios, sin

gravámen alguno del público, y sí antes bien dando de comer á tantos como se han empleado en esta obra, mira ya asegurado ese gran templo, único tal vez en su clase, tanto por su rara estructura, como por la riqueza y variedad de sus mármoles, por lo atrevido de sus obras y por los bellos rasgos de perspectiva que presenta; ofreciendo todo el conjunto de sus preciosidades, á pesar de los defectos que la delicadeza de los inteligentes pueda notar en él, un riquísimo don á las bellas artes, un objeto de admiracion á cuantos lo observan, y una hermosa diadema que parece coronar á la esclarecida Cádiz. No: no se oirá de hoy mas aquella lastimera espresion en que prorumpian, como os dijimos otra vez, cuantos miraban su abandono «¡qué lástima de edificio!» muy al contrario, cuantos ya lo ven en el dia, no pueden menos de exclamar conmovidos al pisar sus umbrales, «¡qué templo tan hermoso!» Y si Cádiz ha sido, y es tan celebrada desde la mas remota antigüedad, con la conclusion de su templo es indudable que á la par de otros pueblos donde existen monumentos de grandeza erijidos en honor de la Religion verdadera, única que los fomenta y conserva, vá á acrecentar su nombradía.

Gracias, pues, repetimos, sean dadas á Dios autor y promovedor de todo bien, porque con su soberano auxilio nos ha concedido el consuelo de llegar á este término tan deseado, y nuestro corazon no puede menos de dilatarse cada vez que contempla elevado sobre esa gran cúpula el estandarte del cristianismo; la santa Cruz que parece ostentarse plantada sobre las mismas aguas del Océano, donde despues de arrojados de estas playas los sarracenos, quiso fijarla el rey D. Alonso el Sabio erigiendo la Catedral Gaditana con el título de Santa Cruz sobre las aguas. En el Señor á quien ella representa pusimos toda nuestra esperanza, bien convencidos de que si él mismo no edifica la casa, en vano trabajan los que la edifican; y en verdad que no nos ha sido fallida, pero ¿cómo habia de serlo tocando el mismo Dios vuestros corazones, interesándolos en esta obra tan de su agrado? Sabíamos muy bien que á pesar de los escritos impíos y blasfemos, que con tanta profusion se han esparcido por todas partes contra la Religion santa de nuestros padres, Cádiz la ha conservado y sostenido con el mayor esplendor y decoro: y ¿seria posible que Cádiz religiosa por una parte, y que por otra á nadie cede en brillantez y ornato dejase

arruinar ese precioso recuerdo de su piedad? Nunca lo creimos, y con esta persuasión nos entregamos desde luego á dar cima á tan grande obra, sin arredrarnos las muchas y al parecer insuperables dificultades que se nos presentaban. Estábamos bien seguros que con un pequeño sacrificio de cada uno de sus habitantes, con lo que nos presentó desde luego nuestro Illmo. Cabildo, con lo que nos ofreció el Excmo. Ayuntamiento con aprobacion de S. M., y con los ahorros de nuestra estricta frugalidad y economía, unido todo á la mas severa exactitud de cuenta y razon, teníamos lo bastante para hermostear á Cádiz con un brillantísimo adorno que le faltaba.

Así ha sucedido: la Providencia Divina, que como os anunciamos en otra ocasion, por caminos y medios no conocidos de los hombres conduce todas las cosas fuerte y suavemente á sus fines, ha querido sin duda hacer brillar ahora la certeza de esa máxima tan inculcada en las Santas Escrituras, proporcionándonos, no sin admiracion de cuantos lo han observado y observan, medios y arbitrios para poner á cubierto ese suntuoso edificio de los destrozos que el tiempo estaba causando en él; y esto en coyuntura tal, que estando reducido

casi á la nulidad el tráfico de que depende la subsistencia de esta plaza, en otros tiempos tan floreciente, no ha impedido sin embargo á sus habitantes manifestar un interés el mas decidido por tan arriesgada empresa, ayudándonos con donativos de toda especie ofrecidos generosamente.

Mas al llegar aquí, nuestro corazón justamente enternecido, y penetrado de la mas afectuosa gratitud no puede menos de manifestarla á todos, y cada uno de cuantos han mirado nuestra solicitud y conatos con tan pia aficion, que desde luego empezaron y han continuado desprendiéndose de una parte de sus haberes, sin los que poco ó nada podíamos haber adelantado. Pero no podemos disimular que necesitamos aun de algun apoyo para las obras interiores é indispensables adornos que exige de suyo la magnificencia de este templo, y la Magestad del Omnipotente que vá á habitarlo; insinuacion, que aunque ciertamente la apuntamos con rubor, porque es bien seguro que á nadie quisiéramos importunar, nos hace prometer de la generosa Cádiz, algun otro pequeño sacrificio removida ya la desconfianza que pudo retraer á muchos, la incertidumbre del éxito feliz que todos admiramos.

Nos mueve á manifestaros estos nuestros sentimientos, no solamente el deseo de que llegue á la perfeccion posible en su decoro interior y piezas que le son necesarias, sino la suerte que espera en el invierno que va entrando, á tantos infelices que se han sostenido hasta aqui con el jornal diario, y que interrumpida la obra, es fácil conocer los rigores del hambre y desnudez á que quedan reducidos. Gaditanos: está hecho lo mas, falta lo menos, y si hemos experimentado, no sin un placer extraordinario, vuestra generosidad por lo que parecia, y era en realidad muy difícil de ejecutar ¿no la experimentaremos en lo que ya ningun obstáculo ofrece? Mayor culto del Señor en el sosten de sus pobres es á lo que os exhortamos, recordándoos lo que Jesucristo dijo á sus Apóstoles defendiendo aquella piadosa mujer, que derramó sobre su sagrada cabeza y pies el precioso unguento valuado en trescientos denarios por el pérfido Judas: «*Ha hecho en mi una buena obra que será publicada en todo el mundo.*»

Y qué! ¿no ha sido una buena obra el haber impedido la destruccion total que amenazaba á ese suntuoso edificio? ¿no ha sido buena obra y lo será derramar con ese motivo sobre

los verdaderos pobres, miembros de Jesucristo, el bálsamo y óleo de la caridad, sosteniendo por tanto tiempo, y no dejando de sostener tantas familias que de otra manera en circunstancias tan críticas hubieran perecido y perecerán aun víctimas de la indigencia? ¿No son ellos templos vivos los mas recomendados por el divino Autor del Evangelio, para que se espenda en su alimento y vestido lo que la piedad ilustrada sabe preservar del ladron doméstico, del lujo, que insensiblemente suele introducirse aun en las casas mas arregladas? ¿No es obra buena el haber impedido y lo será el impedir la ociosidad, origen de todos los vicios y turbulencias en muchísimos, que sin esa ocupacion hubieran vagado y vagáran en la mendicidad? ¿No es obra buena en fin, el haber promovido y continuar promoviendo el adelantamiento de las artes con esa obra que ha sido, y podrá ser, el taller y escuela de todas ellas, y en donde han aprovechado muchos, y aprendido otros un oficio con que poder ganar un pedazo de pan?

Esta ventaja, fuera de la grande de haber sacado del estado de abyeccion á que estaba reducido ese depósito de riqueza, en que se han consumido tantos miles de pesos, basta para

dar por bien empleados los sacrificios de Cádiz y nuestros afanes por conseguir tan santo fin, y para prometernos por lo mismo de ella otros nuevos, y de Dios fuerzas y salud para proseguir lo que aun resta que hacer en obsequio suyo y aun de la comodidad de los fieles.

Mientras tanto ansiamos el dia 24 del corriente, para tener el indecible consuelo de consagrar por Nos mismo esa magnífica casa al verdadero Dios, y presentar á la generacion actual de Cádiz la gloria de ofrecer á la pública admiracion, cuando menos podia esperarse, ese indeleble vestigio de su antigua opulencia. Quiera el cielo que ese dia memorable en los fastos de la Iglesia gaditana sea tambien el iris de la paz, de la union y de la concordia entre todos sus hijos, y que unánimes y con una misma voz honremos á Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, en cuyo santísimo nombre os damos nuestra bendicion. — Cádiz 12 de Noviembre de 1838. — FR. DOMINGO OBISPO DE CADIZ. — Por mandado de S. E. el Obispo mi Señor — DR. D. MANUEL V. GARCIA VALDEAVELLANO, Secretario.

NOTA. — Circunstancias extraordinarias han hecho trasladar la consagracion al dia 28.

ORACION

que el *Excmo. é Illmo. Sr. D. Fr. Domingo de Silos Moreno, Obispo de Cádiz y Algeciras, Caballero Gran Cruz de la Real Orden Americana de Isabel la Católica, del Consejo de S. M., etc.,* dijo celebrando de Pontifical, en la solemne fiesta de la Dedicación y Consagración de la nueva Santa Iglesia Catedral en la mañana del día 29 de Noviembre de 1838.

ILLMOS. Y EXCMOS. SRES. Y PUEBLO TODO DE CÁDIZ.

No debía yo en este día desplegar mis labios. Solamente mi presencia en este sitio ya consagrado y hecho mansión del Rey eterno de la gloria, que ayer se dignó venir á habitarlo, bastaba para inspirar en vuestros corazones los sentimientos y afectos de ternura, que mi lengua no puede espresar. A, a, a, debo decir hoy con mas razon que un elocuente Profeta inspirado de Dios: aunque viejo me reputo como un niño que no sabe hablar, y me reconozco ineptísimo para desempeñar debidamente

el grandioso asunto que ha congregado en esta casa nueva del Señor, como en otro tiempo en la de Jerusalen, el inmenso pueblo que me rodea. ¿No seria pues mas acertado el callar y venerar con un profundo y respetuoso silencio los arcanos del Altísimo en el suceso tan glorioso como inesperado que tiene atónitos á cuantos le consideran, que profanarlos con el desaliño de un discurso que al fin debe ser como de un viejo?

Así parece debia yo portarme, pero no tengo libertad para escoger entre estos dos extremos. Me fuerza á hablar, no mi gloria, que ninguna, ninguna merezco, sino la de aquel á quien solamente es debida, de quien viene todo don perfecto, y que tanto resplandece en la dedicacion y consagracion á su culto de este Augusto y magnífico templo: el honor tambien de Cádiz en haberlo erigido á costa de tantos sacrificios, y la memoria de vuestros padres y ascendientes que desearon ver y no vieron lo que vosotros veis con vuestros ojos y palpáis con vuestras manos, y que se levantarían hoy de sus sepulcros para reprender un silencio apático cuando todos á una voz proclaman esta obra de la diestra del Excelso. Quede oculto, norabuena, el secreto confiado por el Rey, se-

gun la frase de un Santo Arcángel, pero es muy loable, segun él mismo, publicar y celebrar las obras de Dios.

¿Y no es propiamente obra suya la conclusión, dedicación y consagración de esta Iglesia principal y catedral de la diócesis gaditana, y de ese su hermoso altar ya preparado para ofrecer en él en lugar de la sangre de toros y becerros, la del cordero sin mancha que fué sacrificado desde el principio del mundo? Sí, obra es de Dios y tan de Dios, que él solo es su autor y consumidor, en donde brilla, no menos que su omnipotencia, su incomprendible sabiduría y su imperio sobre las voluntades y corazones de los hombres. A no ser así ¿quién puede atinar como una obra empezada en el año 22 del siglo pasado con preparativos inmensos de toda clase de materiales, maderas, jaspes, mármoles, bronce, hierro, que parecían indicar se iba á construir otro segundo templo despues del de Salomon: una obra continuada por muchos lustros sin intermision, con abundancia de plata y oro que rebosaba de las cajas llenas de la opulenta Cádiz, con sobrados arbitrios y medios para acabarla en toda su perfección, segun los vastos planes que aun hoy dia nos admiran, como digo puede

comprenderse que al fin se interrumpiese como la del templo de Zorobabel en Jerusalem *tunc intermissum est opus Domini in Jerusalem?* ¿Y despues de suspendida, pero qué digo suspendida, entregada enteramente á un eterno olvido, esparcidas, como el polvo al ímpetu del viento, las piedras preciosas y enseres de toda clase, que aun restaban á los últimos del siglo pasado, quién, repito, habia de soñar siquiera tomase el Señor de su cuenta la continuacion y conclusion en seis años de miserias, de calamidades, de cólera, de guerra la mas atroz, y de todos los males juntos con ella, sin una espuerta, ni otro útil que valiese un maravedí?

Pues ello ha sido así, y todo hecho por el Señor. *A Domino facto est istud.* Dígalo si no esa cúpula elevada sobre esos cuatro magestuosos arcos torales, dígalo esa bóveda, que lo digan todas esas paredes del templo vueltas á su primitivo brillo, que lo diga el mismo templo todo, hecho ya santuario de Dios y habitacion suya, cuando por tanto tiempo lo ha sido de insectos y de otros animales inmundos. ¿Y por qué, cuando mas abundaba la iniquidad apareció la benignidad, misericordia y beneficencia de nuestro gran Dios en este suceso que tiene todos los visos de milagroso? Yo no quisiera

ser escudriñador de la Magestad por no ser oprimido de su gloria; pero las circunstancias del tiempo, los ruidosos acontecimientos que sin intermision se han sucedido unos á otros en estos seis años de desolacion, de horrores, de desgracias que apenas creerá la posteridad, me hacen columbrar los designios del Señor en esta su magnífica obra. ¿Y cuales podrán ser estos? *Quærendo discimus non sententiam præcipitamus*, me tomo la libertad de decir con S. Agustin aludiendo á otro asunto. Manifestar al mundo, que siendo suya la tierra y su plenitud, en ella y en el cielo hizo y hace lo que quiere, y al mismo tiempo que destruye la sabiduría de los sabios, y que desecha la prudencia de los prudentes lleva al cabo sus adorables determinaciones, cuando aquellas al parecer encuentran para su ejecucion los mayores obstáculos.

¿Y no es puntualmente lo que ha sucedido durante la continuacion de la obra de este suntuoso edificio? Cuando el martillo, cuando la palanqueta, cuando la segur y otros instrumentos propios para destruir se empleaban en otras partes en derribar los templos mas bien acabados, en deshacer cúpulas que arrebatában la atencion de los extranjeros, en echar por tierra basílicas respetables por su antigüedad

y arquitectura, en arruinar preciosos monumentos de las artes sin respetar el mismo santuario de Dios, y sin que hayan podido contener su destruccion las representaciones de las mas célebres Academias, en ese mismo tiempo bendecia el Señor los conatos de este religioso y heróico pueblo, marchando magestuosamente entre tantos escombros la obra de esta su casa desde el dia en que se fijó el primer palo de sus andamios hasta que se ha terminado, sin que hayan tenido la menor parte en ella las calamidades y desdichas que han aquejado y aun aquejan á esta nuestra amada patria digna de mejor suerte. En medio de ellas todo ha sido favores del cielo y bendiciones del Dios del cielo para con esta su predilecta obra.

Porque ¿no ha sido una bendicion suya el que no haya faltado un Besel dotado de destreza é inteligencia para el órden y ejecucion de una obra tan vasta como delicada? ¿No ha sido una bendicion de Dios el que se hayan presentado Hiranés para hacer avanzos, buscar aprestos, ajustar obreros, prevenir materiales y velar continuamente de dia y de noche para que con esmero se ejecutasen las operaciones tan prolijas como difíciles en su fábrica? ¿No ha sido bendicion de Dios, que los

hijos de Israel, los vecinos, los habitantes, los naturales de este piadoso pueblo y otros estranos hayan ofrecido espontáneamente oro, plata, bronce, hierro, y otras muchas cosas que están bien á la vista, y son el testimonio mas auténtico de su generosa é ilustrada piedad? ¿No ha sido una bendicion de Dios que hasta las niñas inocentes aun, las castas doncellas, las recatadas casadas, las retiradas viudas bayan á porfía, como Judit, dedicado al aseo y adorno de este templo, y de todos sus altares, los trofeos ganados por sus heróicos esfuerzos y virtud al Holofernes del lujo y de la vanidad, capitan general del mas bárbaro Nabuco, que ya se gloria de tener bajo su imperio al mundo entero? ¿No ha sido una bendicion?... pero, sea dicho de una vez, todo ha sido bendiciones en favor de esta obra toda de Dios, y en la que todos, cada cual á su modo, han tenido parte sin que haya habido divergencia alguna de opinion sobre ella.

¿Y cómo no habia de ser así, si el Señor la ha proyectado, el Señor la ha fabricado, y el Señor la ha acabado para manifestar que hace lo que quiere en el cielo y en la tierra, y que en medio de la destruccion sabe edificar cuando le place y cuando su religion santa, su

culto y su adoracion dirigen los proyectos de los hombres? Así es que no ha sido esta su casa como aquel edificio monstruoso que edificaban de acuerdo los hijos de Noé en el campo de Sennaar para hacer célebre su nombre, al parecer, contra las miras de Dios enviando por lo mismo el espíritu de confusion para suspender el manejo y accion de muchas manos, para pasmar brazos robustos propios de suyo para llevarla al cabo, confundiendo entendimientos y lenguas de manera que cada uno no percibiese la de su camarada. Menos se han visto salir de sus cimientos, aterradores globos de fuego abrasando á los operarios para repe-lerlos de un sitio inaccesible, como se verificó en Jerusalem frustrando el Señor los proyectos de un emperador apóstata é impío que se las apostaba, que se gloriaba de enmendar sus planes é impedir los efectos de la eterna verdad de sus palabras, intentando reedificar aquel templo ya desechado, ya destruido por los pecados é ingratitude de un pueblo rebelde y deicida. No: aqui no se han visto esos rasgos de la justicia y enojos del Dios de las venganzas, ni señal é indicio de su desaprobacion, sino muestras irrefragables de su beneplácito en ella, cuando menos lo creian los hombres segun sus errados cálculos.

Gaditanos, hijos míos, gloria y corona mía todos los que permanecéis en el Señor, ved el resultado de vuestros sacrificios, de vuestro desinterés, de vuestros afanes en la prosecución y conclusión de este templo ya edificado, bendecido y consagrado en honor de la Santa Cruz en que estuvieron clavados los miembros de todo un Dios. Él se ha dignado añadir esta prueba de benevolencia, disponiendo que en medio del Océano se haya fijado este signo de nuestra Religión sacrosanta y monumento de vuestra piedad, cuando en medio de la tierra se conculcaban, se destruían tantos otros debidos al acendrado catolicismo de nuestra España. Esta gloria, entre otras, tenía el Señor reservada para vosotros, acaso y sin acaso por la acogida, por la hospitalidad y cortesanía que han encontrado aquí tantos desgraciados arrojados á estas playas por la furiosa tempestad y huracanes formidables que aun tienen agitada esta nave, esta nación tan favorecida del cielo en otros tiempos, como humillada y afligida en los presentes, y por la seguridad y asilo que por desgracia apenas se encuentran sino en esta ciudad de refugio.

Por bien empleados vuestros donativos, vuestro oro, vuestra plata, vuestros dones que

habeis ofrecido al Sr. Su memoria durará aun en este mundo, mientras duren los fundamentos, las paredes, las bóvedas de esta Sion santa edificada á vuestras espensas, á mas de no ser jamás borrada en el libro de la vida que nunca se acaba. No así lo que se sacrifica á satisfacer deseos y pasiones vergonzosas, á la vanidad, á la gloria mundana, al fausto, á un lujo criminal, á todo menos á Dios. Ni rastro, ni señal siquiera queda de cuanto se emplea en obsequio de esos ídolos impotentes de recompensar sus servicios sino con remordimientos, inquietudes, enfermedades, y aun con la pérdida de la vida temporal y eterna. Justo castigo del que abusando de los dones de Dios, de quien los recibió, los esparce por la tierra y en ella quedan sepultados.

El Evangelio nos enseña sin disfraz estas terribles verdades en aquel rico gloton que comia espléndidamente, al mismo tiempo que negaba las migajas á un infeliz llagado que las solicitaba, viniendo á ser el paradero de aquel el infierno, y el del pobre el seno de Abraham. No se olvide este ejemplar, y menos la aprobacion de Jesucristo del pequeño don que ofreció una pobre viuda para su culto, y que canonizó de mas mérito que los de los pode-

rosos y ricos. Prueba evidente que el Señor estima mas el afecto, piedad y religion con que se le ofrecen los dones que los mismos dones, que no pocas veces abomina por no concordar con los sentimientos del corazon. Pues bien, para que el generoso desprendimiento de vuestros haberes para la construccion, hermosura y esplendor del santuario de Dios que acabamos de consagrar á honra y gloria suya tenga todos los quilates posibles de mérito á sus divinos ojos, vean estos en vuestros corazones un verdadero deseo de conformar vuestra voluntad con la suya arrojando por la pérdida de todos los bienes de la tierra, antes que contrariarla faltando á lo que el mismo Señor nos ordena y manda, y se contiene en los preceptos del decálogo, y en los demás que nos impone la Religion santa que profesamos al tenor y nivel del Evangelio.

Sin esto no fiemos en exterioridades fáciles de ejecutarse imitando á los judíos, que gloriándose de tener un templo magnífico ideado por el mismo Dios, y único en la tierra en donde se le tributaba el verdadero culto, descuidaban de la observancia de lo substancial en lo que este consiste, y por lo mismo no eran aceptos al Señor sus obsequios contra los que

no pocas veces dirigió sus quejas por boca de sus profetas, especialmente por la de Jeremías; cuyas palabras por ser muy análogas al asunto que hoy ocupa toda nuestra atención, debo referirlas literalmente, y son las que siguen:

«Ponte á la puerta del templo del Señor y predica allí este sermón hablando de esta manera: Oid la palabra del Señor todos vosotros, oh hijos de Judá, que entraís por estas puertas para adorar al Señor. Enmendad vuestra conducta, y yo habitaré con vosotros en este lugar. No pongáis vuestra confianza en aquellas vanas y falaces espresiones diciendo, este es el templo del Señor, el templo del Señor, el templo del Señor, porque si enderezáreis vuestras acciones y vuestros deseos, si administráreis justicia entre hombre y hombre, si no hicieréis agravio al forastero, y al huérfano y á la viuda, ni derramáreis la sangre inocente en este lugar, y no anduviéreis en pos de dioses ajenos para vuestra misma ruina, yo habitaré con vosotros en este lugar. Pero vosotros estais muy confiados en palabras mentirosas ó vanas que de nada os aprovecharán, vosotros hurtáis, matais, cometeis adulterios, vosotros juráis en falso, haceis libaciones á Baal, y os vais en pos de dioses ajenos que no conocíais,

y despues de esto venís aun y os presentais delante de mí en este templo en que es invocado mi nombre, y decís vanamente confiados, ya estamos á cubierto de todos los males aunque hayamos cometido todas estas abominaciones. ¿Por qué este templo mio ha venido á ser para vosotros una guarida de ladrones? Yo, yo soy, yo mismo soy el que he visto vuestras abominaciones, dice el Señor.»

Hasta aquí el sermón de Jeremias dictado por el mismo Dios, sermón que jamás debe olvidarse, para no incurrir en su indignacion, al mismo tiempo que se pretende rendirle adoraciones de que está fastidiado y lleno como se esplica por el mismo y otros profetas.

Pero, Dios mio! no se entiendan conmigo ni con todo este pueblo fiel que os adora, que os tributa sus homenajes con la mejor buena voluntad en esta Sion santa, las terribles invectivas que fulminais por medio de vuestro profeta contra los que olvidados de la magestad y gloria de vuestro templo, lo manchan con las abominables acciones que justamente reprobais y condenais. Sea la catedral de Cádiz, este monumento de la religion de sus hijos, esta casa nueva escogida para vuestra habitacion, un contrapeso á vuestra justicia, que tan clara-

mente se nos da á entender en tantas angustias como nos rodean por los desacatos é insultos con que han sido otras dedicadas á vuestro servicio, violadas, profanadas y destruidas. Descienda sobre esta, no un fuego material, como sobre la de Salomon que consuma víctimas de carnes, sino un fuego divino, el de vuestro espíritu, que apague las llamas de nuestros vicios, devore y aniquile las espinas de nuestras culpas y pecados, para que aseados y limpios en vuestra presencia, os sean agradables nuestras oblaciones y nuestros holocaustos, á fin de que despues de haberlos ofrecido en este templo de la tierra, merezcamos todos ser presentados en el eterno de la gloria.—Amen.



NOS D. Fr. DOMINGO DE SILOS
Moreno, por la gracia de Dios y
de la Santa Sede Apostólica Obis-
po de Cádiz y Algeciras, Caballero
Gran Cruz de la Real Orden Ame-
ricana de Isabel la Católica, del
Consejo de S. M. etc.

En medio de los motivos de aflicción que ofrece á un Pastor el detrimento de su rebaño, y el que muchas de sus ovejas se extravien por senderos que indefectiblemente las conducen al precipicio, estravío que por desgracia lloramos años há los Pastores de las almas, tambien el Señor y Pastor de los Pastores provee de grandes consuelos para que no desfallezcamos ni nos acobardemos, por mas pérdidas que experimentemos en las ovejas que aquel ha confiado á nuestra direccion. ¿Quién lo habia de preveer? Cuando las costumbres se relajan, cuando la devocion se entibia, cuando la indiferencia por el culto del Señor, y especialmente en el misterio de su amor, se ha notadº

iba introduciéndose insensiblemente, y en tales términos, que su casa, el palacio del Rey de la Gloria se veía, no pocas veces casi desierto y sin guardas de los fortísimos de Israel que custodiasen el lecho del verdadero Salomon: he aquí, que se levanta cuando menos se pensaba, una compañía de fervorosos fieles que animados del celo mas ardiente y sincero por la mayor gloria y culto de Jesucristo nuestro Redentor, del Salvador, del Dios escondido entre los velos de unos humildes accidentes, se presentan intrépidos y se reúnen, como si fuera uno solo, con el fin santísimo de sostener y aun de aumentar la Congregacion de la Vela en el Jubileo de cuarenta horas que circula en esta ciudad, y de promover por cuantos medios les sugiere el amor á tan tierno y generoso amigo, que no se contentó con dar su vida por ellos y por todo el género humano, sino que reparte su mismo cuerpo y sangre, alma y divinidad, el culto, las acciones de gracias, la adoracion continúa, los homenajes sin intermision que de justicia se le deben, y todo á costa de no pocos sacrificios en memoria y reconocimiento del grande que él hizo espirando en una Cruz, en medio de dos facinerosos, y dejándonos su recuerdo en la oblacion limpia, que desde Oriente

à Occidente, del Septentrion al Mediodía, se ofrece, segun estaba prevenido por los Profetas: oblacion que ha hecho cesar la multitud de víctimas carnales y holocaustos sangrientos que en un rincon de la Judea se inmolaban, como sombra y figura de la única víctima del único Sacerdocio, segun el orden de Melchisedec, del Cordero, en fin, que quita los pecados del mundo, en quien y por quien se perfeccionan todos los misterios y sacramentos de la nueva ley.

Nuestro corazon rebosa de gozo al ver estampados los nombres de tantos fieles en la esposicion que nos han dirigido por sí y en representacion de otros muchos con que se ha aumentado la dicha Congregacion de la Vela en el Jubileo circular de cuarenta horas, solicitando cooperemos por nuestra parte y con nuestra autoridad á sus designios, y aprobe- mos con la misma el método y medios que han adoptado, para que se resarza del modo posible el menoscabo que por la calamidad de los tiempos ha sufrido tan loable asociacion dirigida y gobernada desde que se erigió por nuestros dignísimos antecesores bajo las bases designadas por los mismos, y con las que se ha conservado hasta el presente, si bien con esca-



INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS

BIBLIOTECA

sez de las facultades indispensables para que la Magestad de nuestro Dios sea espuesta al público con el decoro y magnificencia debidos al Señor del universo, de quien es la tierra y su plenitud.

Pero lo que mas llama nuestra atencion, y á lo que principalmente se dirigen nuestros deseos, es á que nuestro amabilísimo Redentor, presente realmente en nuestros altares para comunicar desde ellos sus dones, sus gracias y sus misericordias, á los que postrados ante su trono imploran su clemencia, no carezca jamás de verdaderos adoradores en las horas en que, segun lo dispuesto por la Iglesia, permanece espuesto públicamente á la veneracion de todos los que prefieren acompañarle cerca de su tabernáculo á habitar entre los de los pecadores. ¿Y qué cristiano que lo sea, no solo en el nombre sino en la realidad, que está íntimamente persuadido de su Real presencia en la Eucaristía, supliendo su fe lo que no ven sus ojos, rehusará emplear en hacer la guarda á su Gefe, que es el Rey de los siglos inmortal é invisible, media hora de las veinticuatro de que se componen el dia y la noche, y esto no diariamente? ¡Se invierten muchas en los teatros, en los cafés, en las tertulias, en los negocios, y acaso, acaso

en ultrajar á ese mismo Señor! ¡Y se ha de regatear tan corto espacio de tiempo en unirse á los millares de millares de ángeles que le rodean, cubierto sus rostros con sus alas! Qué, ¿el Rey de los Reyes, el Señor de los Señores, el que hinche los cielos y la tierra, no ha de tener derecho á mayores pruebas de acatamiento, de respeto y veneracion, que las que los potentados y monarcas del mundo, que son como si no fueran ante la infinita Magestad de nuestro Dios, reciben de los que les están sujetos? ¿Y no se hallan los palacios de aquellos con guardias de dia y de noche hasta en los sitios mas remotos á sus personas? ¿Y será exigir mucho el que siquiera no falten dos centinelas que velen, no de noche, sino por el dia, al que vela sobre todo el universo y los que habitan en él, llenándolos de sus bendiciones?

No podemos menos de lamentarnos de la desidia, ó por mejor decir mala correspondencia de muchos cristianos que, insensibles al amor inmenso de Nuestro Señor, sordos á las voces con que á todos llama desde su humilde tabernáculo, alegan pretestos frívolos, infundadas excusas para no acercarse al que es el camino, la verdad, y la vida. ¿Qué corazón, aunque sea de piedra, podrá resistirse al oír

decir al que es la misma mansedumbre y dulzura «venid á mí todos los que estais trabajados y cargados con el peso de vuestros pecados y yo os aliviare?» ¿Quién no aplicará los oidos de su alma postrado á sus pies, como otra Magdalena, para escuchar las palabras dulcísimas de la vida eterna, que como espada de dos filos alcanzan hasta la division del alma y del espíritu, y aun de las coyunturas y de los tuétanos, en frase del Apóstol? ¿Quién desprezará el gustar cuán suave es el Señor, y su gran dignacion en admitirnos á conversar en su presencia, como un amigo conversa con otro, y á esponerle todas nuestras necesidades, nuestras miserias y nuestras aflicciones, seguros de que no piensa sobre nosotros sino pensamientos de paz y no de rigor?

¡Ah, qué inconsecuencia en los cristianos! Estos, como hombres, se tienen por felices y publican con entusiasmo la dicha de estar en pié delante de un monarca ó potentado de la tierra escuchando con la mayor atencion sus palabras, y recibéndolas como una garantía de aprecio y estimacion hácia ellos, aunque acaso no procedan sino de los labios; y cuando se trata de acompañar por breve espacio al heredero del Eterno Padre y amado hijo suyo, que recibió

del mismo la herencia de todas las gentes, y en posesion los términos de la tierra, y que tiene sus delicias en estar con los hijos de los hombres, ellos como que se fastidian en tributar al Cordero, que, aunque está como muerto, vive y vivirá por los siglos de los siglos, aquellos homenajes, acciones de gracia y adoraciones que los veinticuatro ancianos del Apocalipsis, postrados y arrojando sus coronas á sus pies, le rinden sin cesar. Si el amor á los hombres no le hubiera reducido á ocultar su Magestad y grandeza en nuestros altares á fuerza de prodigios, para no amedrentarlos como á los Israelitas al publicar su ley en el monte Sináí, los que llenos de terror esclamaron á Moisés, «háblanos tú y oiremos, no nos hable el Señor no sea que muramos,» podría alegarse esto mismo para huir de su presencia; pero habitando en nuestros templos, en los que nada se advierte de terror, ni el sonido de las trompetas, ni el resplandor de los relámpagos, ni el ruido de los truenos, ni otra señal alguna que nos pueda causar miedo ni espanto, ¿por qué nos hemos de alejar de ellos, privándonos de beber en la misma fuente el agua viva de la gracia, que salta hasta la vida eterna? ¿O tememos acaso, acercarnos vacíos sin oro ni

plata al que posee todos los tesoros para recabar de su munificencia la estimacion, favores y gracias que necesitamos, como se acostumbra hacer en el mundo? Mas ese es un temor vano, y si no, oid lo que nos dice el Señor por Isaías. «Todos los sedientos venid á las aguas, y los que no teneis dinero, apresuraos, comprad y comed: venid y comprad sin dinero, y sin ningun cambio vino y leche:» convite que alude á la doctrina de Jesucristo y á todos sus sacramentos, pero particularmente al divino pan de la Eucaristía, y á que todos los hijos de la Iglesia son invitados.

¿Hay otras razones para que los cristianos se escusen de visitar y hacer la guardia al que se presenta tan generoso y pronto para colmarnos de sus dones en el misterio de su amor, compendio de todas sus maravillas? ¿Se alegrará la molestia de emprender largos viajes con perjuicio de la salud é intereses temporales para adorar y reverenciar al que real y verdaderamente está presente en nuestros altares? Eso fuera bueno si en todo el universo no hubiese mas que un templo donde estuviese espuesto á la veneracion pública para ofrecerle nuestros votos y acciones de gracias y alabanzas, como sucedia al pueblo de Israel que para

adorar á su Dios con la solemnidad que ordenaba la ley y hacer sus sacrificios, necesitaba ir al único que existía en Jerusalem, adonde concurría el piadosísimo Tobías y adoraba á su Señor Dios, ofreciéndole fielmente todas sus primicias y sus diezmos; pero nuestro Pontífice immaculado segregado de los pecadores, quiso añadir á sus misericordias la liberalidad de multiplicarse de manera que en cualquier parte pudiesen gozar los hombres del consuelo inefable de esponer al que es su médico, sus enfermedades, al que es su maestro, sus dudas y ansiedades, y al que es su Redentor, sus muchas y graves ofensas para alcanzar su indulgencia y frutos copiosos de su redencion.

No es nesario, pues, andar como la Esposa de los Cantares preguntando donde mora su Esposo, ni tampoco debemos fatigarnos en caminar hácia el Oriente, ni en navegar hácia el Occidente para encontrar al que es ó debe ser el objeto de nuestro amor, á Jesucristo Dios y hombre verdadero: en cualquier templo, donde se conserva la Sagrada Eucaristía, allí está real y verdaderamente presente: de manera que podemos decir con toda verdad lo que Moises á su pueblo, y aun algo mas, para animarle en la observancia de los preceptos del Señor. «Ni hay

nacion tan grande que tenga tan cercanos á sí los Dioses, como el Dios nuestro está presente á todos nuestros ruegos.» Pues bien, si así se esplica el Legislador del pueblo Hebreo para realzar su grandeza y excelencia, cuando solamente se mostraba aquel gran Dios en sombras y figuras, ¿qué deberémos decir nosotros los cristianos, á quienes verdaderamente se acerca el mismo Señor que habló por sus profetas y enviados, vestido de nuestra naturaleza, haciendo que se formara un feliz é inefable comercio entre su divinidad y nosotros? Ved por qué S. Juan Crisóstomo hablando de este incomprensible misterio, se espresa en estos términos: «Cuantos dicen: yo quisiera ver su forma, figura, vestido y calzado; pues él te concede, no solo ver todas estas cosas, sino el comerle, tocarle y recibirle dentro de tí mismo.» En vista de esto, ¿quién será capaz de contar las obras del poder del Señor, y hacer que sean oidas todas sus alabanzas?

Nos faltan ya espresiones para continuar hablando de tan alto misterio, de que solo es dado tratar á los espíritus angélicos, con el acierto, dignidad y respeto que de suyo exige; y solo me contraeré á lo que dice S. Agustin sobre este milagro, el «mayor de todos» en frase

de Sto. Tomás, «que el Señor echó en él el resto de su Omnipotencia, de su Sabiduría y de su Amor, pues siendo Omnipotente no pudo dar mas dándose á sí mismo, siendo Sapientísimo, no supo darnos mas, y siendo Riquísimo, no tuvo mas que darnos.»

¡Cual, pues, deberá ser nuestra correspondencia á tan inauditas demostraciones de la estima que hace el Autor de la naturaleza, de la gracia y de la gloria, del pueblo cristiano, que bien puede gloriarse haber sido distinguido entre todas las naciones, y por lo mismo exige de él mayores pruebas de reconocimiento y gratitud, si ha de cumplir con una obligacion de rigorosa justicia, y granjearse de esta manera mas y mas la predileccion de un Dios tan benéfico, que aunque no necesita para nada de sus criaturas, se complace en que reconozcan sus dones, para dispensarles otros nuevos! Y qué, ¿no lo ha manifestado así la ilustre Congregacion de la Vela en el Jubileo de cuarenta horas que circula en esta ciudad, desde que puso en planta el gran pensamiento de aumentar el número de sus individuos, é interesar á todo Cádiz á que se alistasen en ella? Con indecible satisfaccion presenciarnos, en el dia 4.º de Marzo último,

en que se celebró con la mayor solemnidad y ostentacion en la Iglesia de S. Francisco tan fausto suceso, quanto puede una verdadera devocion y sólida piedad con el auxilio del que es dueño de los corazones, y así no podemos desentendernos de publicar en este documento lo benemérita que se ha hecho dicha Congregacion de los mayores elogios, que nos es dado tributarle, pues que ya se deja ver quanto se ha adelantado en el esmero y puntualidad con que se prestan los Congregados, con edificacion de los demás fieles, á velar y adorar, aun en las horas mas incómodas, al que por nosotros en la última noche de su preciosa vida, no tuvo mas guardia que la de una turba cruel é inhumana, ni mas adoraciones que las burlas, sarcasmos é insultos, tales, fuera de los que refieren los Evangelistas, que solo se manifestarán en el dia del juicio, en sentir de S. Gerónimo. Mas no solamente se nota un decidido empeño en que no falte á nuestro Señor cuando se espone á la veneracion de los fieles, quien le acompañe, sino que se agrega á este objeto principal de la referida Congregacion, un desprendimiento y generosidad poco comunes, hasta en muchos que aun no pertenecen á ella, no solo en costear turnos de Jubileo sino

en proporcionar con sus cuantiosas limosnas cuanto es necesario, á fin de que no se eche de menos el alumbrado y demás que es indispensable para que aparezca el culto del Señor con el mayor decoro posible.

Motivos todos, que nos ímpelen, como Pastor de una parte del rebaño, de aquel universal que apacienta sus ovejas con su propio Cuerpo y Sangre, á repetir á nombre suyo las mas afectuosas gracias á todos los que han tomado parte en una obra tan digna del objeto á que se dirige, como agradable á los divinos ojos, y al mismo tiempo á aprobar, como aprobamos, cuantas disposiciones se han adoptado para que jamás experimente el culto del Señor en su adorable Sacramento, los tristes efectos de la tibieza y frialdad á que no ha contribuido poco antes de ahora, la falta de quietud y sosiego, y tambien la escasez de medios para sostenerlo.

¡Ojalá se verifique así, como lo esperamos, y que nuestro amabilísimo Redentor acepte, como aceptó benignamente los obsequios y precioso unguento que una piadosa mujer derramó sobre sus sagrados pies en una cena á que fué invitado; cuantos el pueblo de Cádiz le tributa diariamente en la grande y magnífica

que tiene preparada su dulzura, y á que llama indistintamente á todos!—Dado en Cádiz á diez y nueve de Octubre de mil ochocientos cuarenta y seis. —Firmado, Fr. Domingo Obispo de Cádiz.—Por mandado de S. E. el Obispo mi señor—Firmado, Dr. D. Manuel Vicente García Valdeavellanos.



NOS D. Fr. DOMINGO DE SILOS
Moreno, por la gracia de Dios y
de la Santa Sede Apostólica Obis-
po de Cádiz y Algeciras, Caballero
Gran Cruz de la Real Orden Ame-
ricana de Isabel la Católica, del
Consejo de S. M. etc.

*A nuestros Venerables Hermanos el Dean
y Cabildo de Nuestra Santa Iglesia Catedral,
á los Vicarios, Curas, Beneficiados, Capella-
nes y demás Eclesiásticos seculares y regula-
res, á las Religiosas y á todos los fieles de
nuestra diócesis, salud en nuestro Señor Jesu-
cristo.*

La impresion producida en nuestro ánimo
al saber la deplorable ocurrencia del dia dos
del corriente en el palacio de nuestros Reyes,
ha postrado las fuerzas de vuestro Pastor, harto
enflaquecidas ya con el peso de los años. Cons-
ternados y profundamente afligidos, nos falta

aliento para levantar la voz; y sin embargo, las circunstancias son tales, que no podemos callar sin agravio de las obligaciones que tenemos con Dios, con vosotros y con nuestra propia conciencia.

Es menester que sepais, amados hijos nuestros, y que lo sepais de nuestra boca, órgano, aunque indigno, de la palabra de Dios, que el atentado cometido en la sagrada persona de S. M. la Reina, no es solamente una infame alevosía, una traicion villana y un delito gravísimo á los ojos de la sociedad y de la moral pública, sino que además es un pecado enorme, una culpa horrenda, un crimen execrable á los de Dios y de su Iglesia. Sin duda alguna os espanta y hace estremecer la enormidad del parricidio: pues sabed que la del regicidio es incomparablemente mayor, por cuanto los Reyes son padres, no de una sola familia, sino de todo su pueblo.

¡Oh triste calamidad de los tiempos en que vivimos! En nuestra Católica España, solar de lealtad y de amor á sus Príncipes, nunca habia sido menester que la Religion pronunciasse las censuras y anatemas que sus leyes han fulminado contra los perpetradores de ese crimen horriblemente detestable y odioso. En

tanto que en otros países se ha visto acometida con frecuencia, y mas de una vez sacrificada por sus mismos vasallos, la vida de los Reyes, en el nuestro altamente hidalgo, generoso y cristiano, tal escándalo de ferocidad y barbarie apenas se comprendia, y aun no habia tomado posesion de los oidos su noticia, cuando arrancaba del pecho un grito de horror y maldicion universal. No, amados hijos nuestros, lo decimos llenos de satisfaccion repitiendo una frase feliz y exactísima del Gobierno: «en los anales de nuestra historia el regicidio es crimen desconocido.»

Y lo continuará siendo para gloria de nuestra España y en abono de los sentimientos y de las costumbres que en nosotros ha formado el Evangelio. La desgracia que hoy deploramos, es obra exclusiva, segun todas las apariencias, de un miserable fanático; un hecho aislado, sin plan, sin ramificaciones, sin cómplices, cuya responsabilidad es toda y única del delincuente que la ha causado. La nacion entera, los españoles todos sin distincion de clases, ni de las opiniones y partidos en que por desgracia se dividen de algun tiempo á esta parte en ciertas cuestiones é intereses, unánimes detestan y maldicen el crimen cometido: todos qui-

sieran haber podido redimir con su sangre la que el puñal regicida hizo derramar á la Augusta madre del pueblo; y si supiesen que su amada Reina volvía á correr el mas leve peligro, todos se apresurarian á formar con sus pechos en derredor de ella y de su trono, un muro impenetrable á la perfidia. ¿Me equivoco yo, amados hijos nuestros? ¿No son estos los sentimientos y los votos mas ardientes de vuestros leales corazones? ¿No son estos los de cuantos llevan sangre española en las venas? Sí, que yo os conozco bien, y os conoce la Europa, y os conoce el mundo, á quienes habeis dado mil veces ejemplo de los mas admirables sacrificios de amor á vuestros reyes.

Ea bien, pues sabed, amados diocesanos, que esa lealtad, ese patriotismo, ese entusiasmo por vuestra Reina, que es la primera de las virtudes cívicas en las monarquías, es la mas santa de vuestras obligaciones cristianas como ciudadanos; y que lo mismo que os honra y enaltece en la estimacion de los pueblos, os hace merecer bendiciones y coronas de la mano de Dios.

No atribuyais á otra causa la prosperidad y la paz que el Señor concede á nuestro pais en medio de las turbaciones y trastornos con

que castiga su justicia la infidelidad y el espíritu de rebelion de otros pueblos. Mientras que temais á Dios y honreis á la Reina, amando y respetando en ella la autoridad que, no de los hombres, sino de Dios mismo, por quien reinan los reyes, ha recibido para gobernar y rejar á su pueblo, no temais, amados diocesanos, que nuestra patria adorada experimente las convulsiones y desastres que tantas lágrimas y tanta sangre ha hecho derramar á otras naciones la espiacion de ese crimen que la Providencia Divina no ha consentido llegue á consumarse en nuestro suelo.

¿Y sabeis por qué? Porque ese delito no es español; porque lo resiste, lo repugna, lo maldice el sentimiento y el carácter nacional. Ah! pluguiese á Dios que tampoco fuese español el insensato que lo ha cometido, probablemente en el delirio que la exaltacion de las pasiones politicas produce en las cabezas débiles de los malos cristianos, y que es una de las calamidades de la época que alcanzamos. Que este ejemplo horrible sirva, amados hijos nuestros, de leccion y de escarmiento á todos: aprenda cada cual á corregir y moderar en sí mismo el hervor de las pasiones politicas, que como todas, y acaso mas que las otras, por lo mismo

que suelen disfrazarse con el manto de la virtud, destempladas y mal dirigidas degeneran en crímenes espantosos, en acciones tan viles y detestables como la que provoca hoy el horror y la indignacion pública.

Dejemos á la justicia de Dios y á la de los tribunales el castigo del atentado cometido tan villanamente contra una mujer, contra una madre, contra una Reina: compadezcamos al infeliz sobre cuya cabeza pesa en esta hora tanta odiosidad y tanta execracion: pero detestemos su delito, y volviendo los ojos hácia Dios cuya misericordia, siempre solícita en nuestro bien, impidió que se consumase, tributémosle, de lo mas hondo del corazon, fervorosa accion de gracias por haber salvado casi milagrosamente una vida tan preciosa, tan amada, tan necesaria á la paz y á la prosperidad del reino: bendigamos este nuevo y singular testimonio de la proteccion del Cielo sobre el trono de nuestros Reyes; y mientras que el Señor no se dignare restituir á nuestra Católica Reina la salud que ha perdido, oremos, amados hijos nuestros, humilde y fervorosamente; enmendemos nuestra vida, reformemos nuestras costumbres, lloremos nuestros pecados, que son el origen de todos los males con que Dios aflige á los pue-

blos. Desarmemos el brazo de su justicia santificando nuestras conciencias, y con ellas puras y limpias venid, amados hijos nuestros, venid á tomar parte en las rogativas que está practicando la Iglesia, y unidos á vuestro Pastor y Prelado, hagamos dulce violencia á nuestro buen Dios hasta alcanzar de su misericordia que, así como ha protegido la vida de nuestra excelsa Reina, en la cual están cifradas las mejores esperanzas de esta católica monarquía, así tambien se digne de restituirla cuanto antes al vigor y lozanía de la mas completa salud, volviendo con ella á nuestros consternados espíritus la paz, el consuelo y la alegría que esta inesperada catástrofe les ha robado.

Con el fin, pues, de que sea mayor la solemnidad y la eficacia de nuestras preces, y que logren las bendiciones que Nuestro Redentor Jesucristo tiene prometidas á las que se hacen por la Iglesia en su nombre, hemos dispuesto que en todas las parroquias de esta nuestra diócesis, se practiquen rogativas conforme á la liturgia del Ritual por nueve dias consecutivos, esponiendo en ellas á la adoracion de los fieles la Hostia Sacrosanta de propiciacion; novenario que en nuestra Santa Iglesia Catedral tuvo principio el jueves cinco del corriente

mes, que fué el día que la infausta noticia llegó á nuestro conocimiento por la publicacion de los despachos telegráficos recibidos en el Gobierno de la provincia. Debemos tambien advertir, para que unais vuestra intencion á la del Sacerdocio, que desde ese mismo dia en todas las misas, así solemnes como privadas, se hace oracion especial por la salud de S. M. la Reina, recitándose la colecta *pro infirmis* contenida en el Misal romano, ejercicio que continuará hasta que el Señor, vencido de nuestros ruegos, nos conceda, como lo esperamos muy pronto, el inefable consuelo de saber que S. M. ha convalecido completamente de su actual dolencia.

Y para que llegue á noticia de todos, mandamos que esta nuestra Pastoral exhortacion sea leida en nuestra Santa Iglesia, y en las parroquias de la capital el domingo próximo 8 del corriente mes, y en todas las Iglesias parroquiales del obispado el inmediato á su recibo.— Dado en Nuestro Palacio Episcopal de la ciudad de Cádiz á 6 de Febrero de 1852.—FR. DOMINGO, OBISPO DE CADIZ.—Por mandado de S. E. I. el Obispo mi señor,—D. DOMINGO GONZALEZ VILLANUEVA,—Secretario.

FUNERAL Y ENTIERRO

DEL SEÑOR OBISPO DE CÁDIZ (1).



Muy difícil nos ha de ser describir con exactitud los actos suntuosos é imponentes que ayer hemos presenciado. La lúgubre y tierna ovacion, si nos es permitido emplear esta palabra, de que ha sido objeto despues de su muerte el venerado é inolvidable Fr. Domingo de Silos Moreno, no puede describirse con la pluma. Es necesario haberla visto para comprender hasta qué punto el pueblo de Cádiz, al tributar esos últimos homenajes de su respeto y de su cariño al prelado dignísimo que acaba de perder, ha sabido significar la espontaneidad de su duelo y la intensidad de su dolor.

Casi todo el vecindario se habia traslada-

(1) *El Comercio*, periódico de Cádiz, publicó el 12 de Marzo esta descripción del funeral y entierro de D. Fr. Domingo de Silos Moreno.

do en masa á la carrera que debia llevar la procesion fúnebre. A las nueve y media de la mañana no habia ya desocupado ni un balcon, ni una ventana, ni una azotea, ni un portal. Las calles estaban además pobladísimas de gente, siendo casi imposible transitar por ellas. Lo que mas ha llamado la atencion era la gravedad y compostura que habia en el inmenso concurso. Como si todos hubiesen tenido una misma inspiracion, ó se hubiesen puesto de acuerdo aquellos miles de almas para presentarse de una misma manera, no se veian mas que vestidos negros, un luto riguroso, en las personas de ambos sexos. Hasta las gentes que por su pobreza estaban imposibilitadas de vestir de este modo habian cuidado de llevar alguna insignia negra que denotase su intencion y su deseo de asociarse al duelo general de la poblacion.

Poco antes de las diez el Excmo. Ayuntamiento presidido por el Excmo. Sr. Gobernador de la provincia que llevaba á su derecha al Sr. Comandante general, y á su izquierda al Sr. Alcalde Corregidor, se dirigió á la Santa Iglesia Catedral con las personas que el Cuerpo municipal habia convidado, entre las cuales se veian las demás autoridades é in-

dividuos de las corporaciones de la plaza, los señores jefes y empleados superiores de las dependencias de la administracion, cónsules extranjeros, jefes y oficiales de los cuerpos de la guarnicion &c., &c. Los clarines y mazas del Ayuntamiento aparecian enlutados, y delante venia la música del regimiento de Almansa tocando una marcha fúnebre.

Entretanto un crecido número de personas de las que habian recibido la papeleta de convite, se dirigian tambien de rigoroso luto al palacio episcopal, donde eran recibidas en la cámara por el Sr. Obispo de Puerto Victoria, á quien acompañaban el Sr. Dean, el Sr. Provisor y otros señores sacerdotes.

Dadas las diez de la mañana se puso en marcha la procesion fúnebre por en medio de aquellas grandes oleadas de gente que llenaban toda la carrera. Tan numeroso era el acompañamiento que hasta una hora despues no salieron del palacio episcopal los últimos que lo formaban. Iban delante los niños y los ancianos de la casa de Misericordia con velas: seguian todas ó casi todas las hermandades y cofradías de Cádiz, con sus respectivos guiones, estandartes y demás insignias que acompañaban los hermanos vestidos de negro y con ci-

rios, haciéndose notar también los trabajadores de la obra de la catedral, vestidos igualmente de negro.

A continuación iban los alumnos del seminario con sobrepellices: luego todo el clero, que era numerosísimo, con estolas negras siguiendo á las cruces de las parroquias.

El Illmo. Cabildo Eclesiástico precedía al féretro que consistía en una hermosa caja forrada de terciopelo negro, galoneada de oro y cubierta por una especie de urna de cristal, á través de la cual se descubría el cadáver revestido con las insignias pontificales. Conservaba aun aquel rostro venerable, demudado ya por la muerte, la espresion de bondad y mansedumbre que se retrató siempre en la fisonomía de nuestro querido pastor.

Llevaban el féretro los señores curas ó sustenientes, é iba además acompañado por los monges benedictinos de la mision de Australia, cuya actitud edificante no podía menos de conmover.

Seguia, en fin, el Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo de Sevilla, vestido de pontifical: á su derecha el Sr. Dean de la Santa Iglesia Catedral: á su izquierda el Sr. Obispo de Puerto Victoria: delante varios señores canónigos con

capas ó dalmáticas, y detrás los familiares de Su Eminencia.

Aquí concluía el cortejo fúnebre por parte de la Iglesia. Hasta aquí todos iban, sacerdotes y seglares, con hachas de cera.

Después seguía, formando dos filas, el duelo que se componía en primer lugar de las personas convidadas por los dolientes, y en segundo lugar de las que iban dentro de mazas con el Ayuntamiento, bajo la presidencia, según hemos dicho antes, del Excmo. Sr. Gobernador de la provincia: cerraba la marcha la música de Almansa.

En esta forma atravesó la triste procesión la misma carrera que lleva la del Smo. Corpus Christi, pasando por las plazuelas de S. Martín y de las Tablas, calles de Cobos, Juan de Andas y Nueva, plaza de Isabel II por delante de la casa capitular, en cuyo balcón se veía una hermosa cortina negra, calle de la Pelota, y otra vez la plazuela de las Tablas para volver á la Catedral. En la travesía se cantaron cinco responsos, además del que se entonó en la misma habitación mortuoria antes de sacar el cadáver.

El espacioso templo estaba completamente lleno de gente como nunca lo hemos visto. El

catafalco donde fué colocado el féretro, se hallaba rodeado por cincuenta ó sesenta grandes blandones de cera blanca y amarilla. Los monjes se situaron de pié á los dos lados del cadáver con velas encendidas. El Emmo. Sr. Cardenal tomó asiento en el presbiterio al lado del Evangelio, y el Sr. Obispo de Puerto Victoria al lado de la Epístola. El clero y alumnos del seminario, las autoridades y convidados ocupaban los bancos preparados en el centro de la iglesia.

Después de las doce se dió principio al funeral, que fué cantado con toda solemnidad, acompañando una numerosa orquesta y los mejores cantantes de la población, entre ellos el señor Belart y el señor Barba, primer tenor y primer bajo de la compañía lírica. En la misa ofició de pontifical el Emmo. Sr. Cardenal Arzobispo, no habiéndose concluido hasta las dos y media de la tarde.

Entonces se cantó el oficio de sepultura, viniéndose á situar el Emmo. Sr. Cardenal enfrente del catafalco, y acto continuo tuvo lugar procesionalmente al rededor del templo la conducción del cadáver al panteon, donde fué sepultado. No pudimos presenciar esta última ceremonia, porque solamente bajaron el Prela-

do, el cabildo, el clero, las autoridades, y una comision del Excmo. Ayuntamiento.

Eran ya las tres y media de la tarde cuando terminaron estos actos religiosos, y se retiraron del templo las autoridades y el público. A la entrada y á la salida del Emmo. Sr. Cardenal, la música de Almansa tocó la marcha real.

Todas las ceremonias se han verificado suntuosamente, y de una manera digna de la religiosidad de nuestro pueblo y del respeto que debemos á la memoria de nuestro prelado. El vecindario en masa, puede decirse, ha concurrido á ellas con el recogimiento y compostura que el caso exigia. Iba á dar el adios postrero al venerable Fray Domingo de Silos Moreno; iba á ver por última vez aquellas canas respetables y respetadas, aquel rostro desfigurado apenas en que estaba tan bien pintada la santidad de un alma que habia glorificado la virtud; iba á despedirse para siempre de su pastor, de su padre, del que durante veinte y ocho años y en medio de circunstancias aflictivas le habia enseñado constantemente con su palabra y con su ejemplo el camino del bien, el camino de la verdad, el camino del Evangelio. ¿Qué mucho que el pueblo de Cádiz se sintiese dolorosamente afectado al oír los cán-

ticos sublimes de la Iglesia y al contemplar el imponente aparato con que la muerte del justo se presentaba ante su vista? ¡Cuántas lágrimas no se derramaron ayer en Cádiz delante del cadáver de nuestro Obispo! ¡Cuántas veces tuvieron que llevar el pañuelo a sus ojos los que veían pasar la urna funeraria que encerraba los restos mortales de aquel varon ejemplar! Si hay días de verdadero luto para un pueblo, pocos habrá que lo hayan sido tanto como el de ayer lo fué para Cádiz. ¡Para Cádiz, que ha dejado interpuesta entre sus mas puros afectos y el objeto querido de ellos, la losa terrible del sepulcro! ¡Para Cádiz, que no conserva ya de Fr. Domingo de Silos Moreno, sino el recuerdo imperecedero de sus eminentes virtudes!

FIN.



INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS
BIBLIOTECA



